



**Se buscan las que faltan:
Búsquedas de mujeres desaparecidas en Medellín**

Yesenia Palacio Tamayo
Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesora
Vanessa Restrepo Barrientos

Pregrado de Periodismo
Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia
2022

Cita	(Palacio Tamayo, 2023)
Referencia	Palacio Tamayo, Y. (2023). <i>Se Buscan las que faltan: búsquedas de mujeres desaparecidas en Medellín</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Este trabajo de grado contó con apoyo del Fondo para Apoyar Trabajos de Grado de Pregrado, financiado por la Facultad de Comunicaciones y Filología y el Comité para el Desarrollo de la Investigación de la Universidad de Antioquia

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Resumen:

Se buscan las que faltan es un reportaje que narra la búsqueda de mujeres desaparecidas en Medellín. Este incluye una contextualización de este fenómeno y cuenta tres historias de mujeres desaparecidas en la ciudad: una mujer desaparecida que sigue sin ser encontrada, una niña que fue encontrada con vida y una mujer reportada como desaparecida víctima de feminicidio.

Este trabajo es un relato sobre las intimidades de familias que han buscado por diversos medios, sobre cómo afectaron sus vidas y un retrato de todos los obstáculos institucionales y prejuicios de género que afrontan quienes buscan a mujeres desaparecidas.

Palabras claves: Personas desaparecidas, desaparición de mujeres, búsqueda de personas, desaparición por violencia de género

Agradecimientos

A la universidad pública, por hacerme quien soy.

A Valentina, la amiga que me regaló la lucha.

A Vanesa, por guiarme ante este camino.

A Ramón, por escuchar mis miedos.

A mis papás, por apoyarme.

Y a todas las voces de estas historias.

Para mis abuelos,
a quienes me hubiera gustado leerles algunas páginas.

Contenido

Contenido

Prólogo.....	6
Dentro de tantos nombres sin encontrar, ellas están.	12
Dolor y miedo en la espera	15
Un símbolo que se va desvaneciendo	20
Iniciar un año sin ella.....	23
Seguir viviendo, vivir buscando.....	25
Su rostro y el de muchas más.....	27
En vida, hermana, en vida.....	35
Pequeñas ausencias	40
La desaparición tiene un tierno rostro de niña	41
No basta con aparecer	46
A pesar de todo, todavía te espero	53
El río no pudo ocultar lo que en él corría.....	61
Hay búsquedas que parecen no acabar.....	66
Mercedes, la mamá	72

Prólogo

Los carteles de personas desaparecidas tapizan algunas paredes de las calles de Medellín. No fue hasta que empecé a investigar acerca de la desaparición de mujeres en la ciudad que me di cuenta de lo común que es verlos, al caminar por cualquier dirección. Están en puntos claves: hospitales, universidades y parques concurridos del centro. De camino a la Universidad de Antioquia, por la calle Barranquilla, camino que es ocupado por capuchos¹ y agentes antidisturbios durante los tropes², se pueden ver estos carteles al lado de los afiches revolucionarios puestos por colectivos o de los avisos de alquiler de habitaciones para estudiantes. Para mí, esa imagen contrasta lo que es la búsqueda de personas desaparecidas: mientras para algunos es una lucha, para la mayoría de la sociedad es un hecho más del día a día.

En mi familia no hay personas desaparecidas. Lo más cercano es la historia de una prima, Gisela. Era la hija de una tía materna de mi mamá, que en 1991 viajó con su novio y unos amigos desde Montería hacia Santa Marta para pasar el fin de semana. La última vez que alguien la vio fue con su novio en una moto acuática. Nunca más nadie supo de ellos. Esa historia la he escuchado decenas de veces desde que era muy niña, porque cada familiar materno que me conocía resaltaba mi parecido con la prima desaparecida. Un día mi mamá me llevó a Montería a visitar a la mamá de Gisela, yo tenía 10 años y estaba peinada con dos trenzas. La primera reacción de la tía abuela al verme fue llorar. No entendía qué estaba pasando, pero en un largo abrazo, mientras

¹ Una de las acepciones de la RAE para la palabra *capucha* es “Prenda de tela que cubre la cabeza y el rostro”, en el contexto universitario colombiano se refiere a los manifestantes anónimos que cubren sus rostros para marchar.

² Según la RAE, tropel se refiere a “muchedumbre que se mueve en desorden ruidoso”. En Colombia, se usa para denominar la intervención de los capuchos en marchas y protestas.

ella me acariciaba la cabeza desde la coronilla hasta la punta de las trenzas, me contaba lo mucho que le recordaba a su hija ausente. Para ese momento ella ya era una madre sin hijos.

En mis inocentes fantasías de niña, me imaginaba que Gisela estaba escondida en una islita o que se había convertido en una náufraga. Cuando viajamos a Santa Marta, veía a lo lejos esos montículos de arena que se forman mar adentro en el balneario de El Rodadero y me preguntaba en cuál de ellos podía estar, o si en el fondo de esas aguas estaba el cuerpo de esa prima de la que decían que yo le había robado el rostro.

Cuando crecí mamá me contó la historia completa. Los chalecos de la pareja fueron encontrados con agujeros de bala y la moto náutica apareció en las playas de Barranquilla. El hermano de Gisela empezó a investigar la posible muerte de su hermana, en ese camino se cruzó con el paramilitarismo y fue asesinado.

Las lágrimas de la tía al verme eran también las de una mamá a la que la desaparición le quitó sus dos hijos. Ella aún guardaba los recortes de periódico con la notificación de la desaparición de su hija, la tía murió sin saber qué le ocurrió. Han pasado casi 32 años desde que Gisela fue vista por última vez y rememorarla aún trae algunas lágrimas a algunos familiares.

Entre las fotografías que guarda mi abuela hay una donde está Gisela. La primera vez que la vi, yo tenía casi 12 años y en esa imagen ella tendría una edad similar. Era cachetona, de pelo rizado y despeinado, y eso me hizo entender por qué eran tan constantes los comentarios sobre nuestro parecido. Gisela desapareció cuando tenía 18 años. La memoria que todos tienen de ella se ha

congelado y allí vivirá siempre joven. Ahora soy mayor, el tiempo avanzará, envejeceré y mi rostro —el único lazo que me une a su recuerdo— probablemente cambiará.

Este esfuerzo en trazar una línea entre la desaparición y yo no es más que una estrategia para señalar lo presente que está en nuestras vidas y el enorme impacto que tiene en las familias. Con esta investigación me di cuenta de que muchas personas que trabajan en investigar este fenómeno, desde la institucionalidad o la academia, llegaron allí por una historia cercana: un tío, un primo o un familiar del que no se volvió a saber. También, de que las familias de personas desaparecidas se convierten, a la fuerza, en personas expertas en buscar pues la dimensión de su propio dolor las hace accionar por otros casos, sea en la calle o compartiendo desde sus redes sociales.

Me siento ajena a esta realidad. La desaparición es un hecho que impregna la historia de muchas familias en el país, por lo que preguntar por esas ausencias que aún causan dolor me hacía sentir como una intrusa. Poco se nos enseñan en las facultades de periodismo sobre cómo hablar con víctimas, qué hacer cuando empiezan a llorar, cuándo parar.

Mi primer acercamiento periodístico a este asunto fue escribiendo acerca de Alexandrith Sarmiento, una niña afro que desapareció en Cartagena. Quería visibilizar cómo las niñas de su barrio habían hecho la búsqueda de ella un asunto público para su ciudad. En ese camino tuve la oportunidad de conversar con su papá.

Estábamos en distintas ciudades y para el señor era más fácil hablar por teléfono. Se escuchaba muy baja su voz, parecía que él estaba en la calle y tuve que esforzarme para entenderle. Empecé preguntándole por el día de la desaparición, me respondió que un tío la había sacado con la excusa de enseñarle a manejar moto, sin dar mayores detalles. Luego le pregunté sobre los avances de la investigación. Nada, que no se sabía nada, me dijo. Sus respuestas eran secas y por más que intentara ampliar su testimonio no lo lograba, pero insistí en preguntar por ella: por quién es Alexandrith. La conversación se silenció por unos segundos, que se me hicieron larguísimos, y que finalizaron con unos sollozos que se escuchaban al otro lado de la línea. No supe qué hacer ni cómo reaccionar. Me quedé helada y tampoco pronuncié palabra por un rato. Al final le dije al padre que lo lamentaba mucho, tomó aliento y agregó que sólo quería justicia para su hija. Solo pude decirle que lo acompañaba en su dolor y que estaría pendiente del caso. Al colgar me sentía culpable de cada una de sus lágrimas.

Luego de esa experiencia, tardé meses en acercarme a otras familias de personas desaparecidas. Tenía sus números de contacto, pero no sabía cómo dar el primer paso. Fue gracias a largas charlas con Vanesa, mi asesora de trabajo de grado; Ramón, el profesor que más quiero de la facultad; y Vale, una amiga que comparte la lucha por la búsqueda de desaparecidos, que pude entender un poco el cómo acercarme a estas personas y por qué ellas accedían a hablar con una simple estudiante como yo.

Delimité este trabajo a la búsqueda de mujeres desaparecidas en Medellín por motivos de género. Más que entender qué o quién pudo causar sus desapariciones, este trabajo pretende mostrar los esfuerzos de las familias, allegados y organizaciones para encontrar a las mujeres. Además de

visibilizar los distintos obstáculos, tanto sociales, económicos como institucionales que estas enfrentan cuando buscan a alguien.

Decidí que todas las entrevistas las haría presencialmente, siempre en sus casas, buscando que se sintieran más cómodas. Quería conocer también sus vidas, no solo narrarlas a través de los hechos trágicos que las marcaron.

Cuando los números de las mujeres desaparecidas empezaron a tener rostros y nombres propios era ineludible sentirme conmovida. En las charlas nos abrazábamos, nos reíamos, nos quedábamos en silencio. Traté de que no me afectara tanto, pero para mí era imposible olvidarme de ellas al dejar de escribir.

Un día, mientras escribía estas páginas, extrañé a la niña que cuidaba mi mamá, la hija de una vecina, con la que compartí desde que nació hasta hace unos meses que se mudó de ciudad. Ella es lo más cercano que he tenido a una hermana. El anhelo de verla nuevamente me invadió mientras me quedaba dormida redactando. Esa noche soñé con ella. Estábamos jugando en un campo cuando la niña volteó por un árbol, fui por ella, pero no estaba. Corrí apuradamente, examiné cada centímetro de césped, pensé que podía estar dormida debajo de algún arbusto. Nada. No estaba. La última imagen de esa pesadilla fue que la buscaba entre las piedras de alguna quebrada. Me desperté llorando. La sensación de no saber dónde estaba me llenó de miedo.

Cuando todavía tenía dudas sobre lo que estaba haciendo, Mercedes, una de las voces de estas historias y madre de una víctima de feminicidio, me dijo que le gustaba conversar conmigo porque era alguien que la escuchaba y con quien podía desahogarse. Ella, sin saberlo, me dio la motivación que necesitaba para continuar.

Las mujeres me dan fuerza y libertad y espero, desde este lugar de enunciación que es el periodismo, contribuir a una sociedad más justa para ellas y para todas.

Dentro de tantos nombres sin encontrar, ellas están

Al pensar en la desaparición probablemente recordamos a los detenidos-desaparecidos por el Estado y las dictaduras latinoamericanas, o tal vez en algún joven que fue sacado de su casa a la fuerza por un grupo armado en el marco del conflicto armado colombiano. También nos puede llegar a la mente algún nombre en particular, algún familiar cercano o alguna historia extraída de una nota de prensa. Lo cierto es que la desaparición no es un problema aislado o poco común: solo en Colombia entre 1948 y 2016 —los años de mayor violencia— se documentaron 104.602 casos de personas desaparecidas. El dolor de esa cifra se agudiza al conocer que el 85% de ellas sigue sin ser localizadas³.

La desaparición es un fenómeno también de las democracias, el delito ha evolucionado y ya no es sólo un *modus operandi* exclusivo de contextos armados. Así lo asegura Karina Ansolabehere, socióloga, integrante del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México e investigadora principal del Observatorio sobre desaparición e impunidad del mismo país. Ella explica que las desapariciones en América Latina no ocurren en vacíos sociales, políticos o económicos, sino que “suceden en contextos específicos y son una manifestación de la violencia”.

Ansolabehere es una de las autoras del libro *Disappearances in the Post-Transition Era in Latin America*, en el cual, junto con la profesora Leigh A. Payne, conceptualizan acerca de las desapariciones en tiempos de transición en países del continente y explican que este fenómeno sigue conservando las siguientes lógicas de tiempos violentos:

³ Según cifras de la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas.

1. **La clandestinidad de los hechos:** El ocultamiento de los abusos y la violencia para salir impunes. Los actos abusivos desaparecen junto con la persona.
2. **La construcción social de “disposable people” -poblaciones desechables-:** Una narrativa creada respecto a quiénes merecen ser encontrados, en el que las poblaciones marginalizadas por razón de su género, raza o clase social son las menos favorecidas.
3. **La política económica que protege la desaparición:** La utilización de la desaparición para proteger economías ilegales y como represalia para quienes van contra ellas.
4. **La pérdida ambigua como método de control social:** Reforzar un orden a través del miedo que sienten los supervivientes y familiares ante la incertidumbre de no saber qué sucedió con el desaparecido.

Karina Ansolabehere accedió a conversar conmigo —ella en México y yo en Colombia— a través de videollamada. Aunque somos de distintos países, el contexto de violencia y la presencia de carteles de narcotráfico de ambas naciones nos unen en miradas. En el observatorio del que hace parte empezaron investigando las desapariciones en general, pero a medida que avanzaban se toparon con los casos de mujeres desaparecidas. Encontraron que estos casos comparten las lógicas de la desaparición general, pero que además había una relación directa con los roles de género.

“En contextos de violencia, las mujeres no desaparecen por un solo motivo sino por varios”, dice Karina y señala los casos de mujeres que escapan por violencia doméstica, las víctimas de trata de personas con fines de explotación sexual y aquellas mujeres que son desaparecidas forzosamente por carteles del narcotráfico como forma represalia contra sus parejas. “Lo que

encontramos es que sus desapariciones tienen que ver con su rol de género”; es decir, sus casos están relacionado con todas esas conductas, normas y expectativas impuestas por la sociedad a las mujeres, solo por ser mujeres, y que puede influir en la forma en la que se perciben a sí mismas o en cómo interactúan con los demás.

En el libro *Disappearances in the Post-Transition Era in Latin America*, editado por las investigadoras Karina Ansolabehere, Barbara A. Frey, y Leigh A. Payne, explican cómo las mujeres “entran” a esta categoría (desaparecidas) cuando transgreden los roles tradicionales de género: por su identidad, vida sexual, labor u oficio, o su forma de vestir, incluyendo la ropa que usan o si tienen piercings o tatuajes. “Los roles de género y los prejuicios que los estereotipos alimentan con información no real, muchas veces afectan las hipótesis de búsqueda”, enfatiza Ansolabehere.

En la búsqueda de información sobre la desaparición de mujeres pude observar cómo distintos medios de comunicación abordan el fenómeno, especialmente en México. La reportera Lydiette Carrión ha narrado historias de feminicidios y desapariciones, y en su libro *La fosa de agua* aborda la búsqueda de 10 adolescentes. En 2022 se lanzó la película mexicana *Ruido*, que retrata la lucha de las madres buscadoras, aquellas que recorren el país intentando encontrar a sus hijos e hijas. En medios de comunicación fue noticia regional la desaparición y hallazgo del cuerpo de la joven de 18 años, Debanhi Escobar, luego de hacerse viral en redes una fotografía suya en la carretera minutos antes de ser reportada como desaparecida. Por las similitudes culturales, los antecedentes de presencia de crimen organizado y el creciente interés en la investigación de la

desaparición de mujeres, tomé a México como referente para entender por lo menos una parte de ese fenómeno en Colombia.

Para Karina Ansolabehere analizar las desapariciones de mujeres “es clave porque la violencia tiene género y la desaparición también”, es decir, aunque se trata de un fenómeno que afecta a distintos tipos de personas, las particularidades cambian según el género de la víctima. “Esto nos permite ver las asimetrías y estructuras patriarcales que operan”, agrega. Es por eso que el Comité de Expertas del MESECVI⁴ considera que la desaparición de mujeres sigue patrones que usualmente tienen relación con otras formas de violencia ejercida contra ellas: feminicidio, violencia sexual o trata de personas, por ejemplo.

Dolor y miedo en la espera

Una de las lógicas que sigue la desaparición es la de la clandestinidad, que consiste en ocultar los hechos violentos para mantener los hechos en la impunidad. Esta es utilizada para encubrir la existencia de otros delitos como el feminicidio. “El ocultamiento de los cuerpos y la negación de información sobre el desaparecido es usado como instrumento de control social”, explican las autoras en el libro *Disappearances in the Post-Transition Era in Latin America*.

El tipo de pérdida que las familias de desaparecidos sufren se denomina pérdida ambigua, un término acuñado por la investigadora estadounidense Pauline Boss mientras estudiaba a familias de soldados desaparecidos en combate. Esa pérdida ambigua genera un daño psicosocial en el que la incertidumbre no permite que las familias elaboren el duelo. Según Boss, a las familias de

⁴ Mecanismo de Seguimiento de la Convención de Belém do Pará. Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer adoptada en 1994 y ratificada por Colombia en 1995.

las desaparecidas se les detiene el tiempo y la vida ante un hecho rodeado de preguntas sin respuesta. Como consecuencia entran en un limbo entre quedarse a esperar o seguir con sus vidas.

“El propósito de la desaparición es desestabilizar la sociedad”, sostiene la antropóloga Andrea Romero, autora del libro *Entre nombres sin cuerpo*, que recopila una metodología para la acción forense sin daño, es decir, el uso de la memoria para la recolección de información en la búsqueda de personas. Romero explica que más allá de la ausencia de una persona, la desaparición genera un daño social que recae en sus círculos más cercanos: “El fin de desaparecer a alguien es llenar de miedo a todo el mundo, para que eso que estaba haciendo la persona desaparecida no lo vuelva a hacer nadie. Así se ejerce una forma de control territorial”.

Romero señala que Antioquia es uno de los departamentos con mayor historial de desaparición en Colombia, y que su capital, Medellín, es la que más casos alberga del departamento. Ante este panorama, en la ciudad se han formado organizaciones de víctimas y mujeres buscadoras quienes, inspiradas en las acciones y fortaleza de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina⁵, salen a las calles para hacer búsquedas activas, ejercer presión ante las autoridades e insistir para no ser olvidadas. Entre ellas están Las Madres de la Candelaria, organización fundada en 1999 y conformada en un 92% por mujeres, articuladas para la búsqueda de sus desaparecidos y recordadas por reunirse todos los viernes al mediodía al frente de la Iglesia la Candelaria, ubicada en el centro de la ciudad. También está Mujeres Caminando por la verdad, una

⁵ Las Madres de Plaza de Mayo son un grupo de mujeres argentinas que desde 1977 demandan la búsqueda de sus familiares detenidos y desaparecidos durante la dictadura de Jorge Rafael Videla.

4. (Caso Yarce y otras VS. Colombia, 2016)

organización conformada por madres, esposas hijas y hermanas de personas asesinadas y desaparecidas forzosamente en la comuna 13, en el marco de las operaciones Orión y Mariscal, realizados por la Fuerza Pública con apoyo del bloque paramilitar Cacique Nutibara, como quedó probado por la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

“Las mujeres o las personas buscadoras han hecho de todo para encontrar un familiar, de todo es todo: han tocado puertas, han ido a Fiscalía, han caminado la ciudad, han hablado con los actores armados mirándolos a los ojos y diciéndoles 'dígame dónde está mi hija, dígame qué fue lo que pasó’”, expone Romero. Para 2014 el Registro Nacional de Desaparecidos contaba con 105.810 personas reportantes de desaparición en toda Colombia. El 68% de las denuncias fueron interpuestas por mujeres; es decir, ellas son las principales buscadoras del país.

Según cifras del Instituto Nacional de Medicina Legal, Medellín es la tercera ciudad de Colombia en la que históricamente más desapariciones se han reportado; y es también la tercera con mayores casos de mujeres, solo superada por Bogotá y Cali. Entre 2013 y 2022, en todo el país, se documentaron 4.267 casos de desaparición, 1.374 de ellos correspondieron a mujeres. El 52% de las mujeres desaparecidas son niñas y adolescentes.

Romero explica que el asunto de las mujeres desaparecidas es ahora más cercano gracias a los carteles (avisos) de búsqueda que se publican en redes sociales. La antropóloga añade que estas herramientas tecnológicas han permitido que las mismas familias hagan sus afiches y compartan con sus círculos, pero que también se han convertido en una tribuna en la que los usuarios exigen información de los casos, especialmente cuando la persona ausente aparece, y juzgan a aquellas

que no caben en el imaginario de “buenas víctimas”. “Hay una sociedad muy cómplice con todo lo que ha pasado, le falta mucha empatía. Hay unas sanciones sociales aterradoras para quienes aparecen bien. Es como si nuestra sociedad quisiera encontrarnos muertas”, agrega.

La colectiva Buscarlas Hasta Encontrarlas, creada a raíz de la desaparición de Lynda Michelle Amaya, una adolescente de 15 años de Bogotá, ha acompañado diversos casos de desaparición de mujeres y niñas a lo largo del país. Gabriela Romero, una de sus integrantes, señala que además de la lentitud en la búsqueda por parte de las instituciones, a las familias también las hiere la falta de seguimiento a los casos. Ella lo ejemplifica con el caso de Sara Sofía Galván, una bebé de 23 meses que fue vista por última vez el 15 de enero de 2021 en la localidad de Kennedy, en Bogotá. La desaparición de la niña ocupó los principales titulares durante varias semanas. Romero considera que el cubrimiento del caso se hizo desde el sensacionalismo que ella resume en dos puntos: la forma en la que los medios escarbaron en la vida privada de la niña y su familia, y en despliegues innecesarios, como la presencia del presentador de uno de los noticieros más vistos del país en los botes con los que la Defensa Civil realizaba la búsqueda. En redes sociales se cuestionó si ese era un acto que obstaculizaron la labor de las autoridades.

A pesar de la atención mediática, el interés en el caso fue bajando y el cubrimiento quedó marginado a algunas pequeñas notas en medios de comunicación. Romero señala que cuando se cumplieron dos años de la desaparición de Sara Sofía pocos medios hicieron mención al caso y señaló que hay miles de casos que ni siquiera alcanzaron a ser noticia. “Nuestra sociedad tiene una memoria muy selectiva y de muy corto plazo”, concluyó.

Mientras los nombres de las desaparecidas se nos amontonan y las traemos a nuestra memoria cada vez menos frecuentemente, en las calles hay madres, hijas y familiares que siguen recorriendo la ciudad, desgastando la suela de sus zapatos para pegar afiches, detallar cada rostro y repetir hasta la saciedad sus nombres, aquellos que jamás pensaron tendrían que pronunciar tantas veces para poder encontrarlas. Este trabajo incluye tres historias alrededor de la desaparición de mujeres en Medellín, cada una con un foco muy distinto.

Un símbolo que se va desvaneciendo es el relato de la búsqueda de Luz Leidy Vanegas, y de cómo su hija y hermana convirtieron su desaparición en un asunto público de la ciudad. Además de contemplar cómo impacta en las familias cuando pasan los años sin respuesta.

Pequeñas ausencias es un análisis de la desaparición de niñas contada a través de la historia de Salomé. Habla de cómo la violencia de nuestra ciudad las ha puesto en un lugar vulnerable y cómo sus casos no terminan cuando son encontradas.

Y, por último, *A pesar de todo, todavía te espero* cuenta la historia de la desaparición Erika Pérez, producto del encubrimiento de un feminicidio. Refleja además las dificultades físicas que enfrentan las familias cuando buscan verdad y justicia.

Todas en su conjunta pretenden aportar a la comprensión de este fenómeno que atenta contra la integridad de las mujeres.

Un símbolo que se va desvaneciendo

Un río de mujeres ocupó la Avenida San Juan en Medellín, las pañoletas moradas y verdes colorearon la marcha del 25 de noviembre de 2021, día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer. Mientras todas continuaron su paso, al son de las arengas y las gaiteras que se escuchaban, una de las caminantes se apartó de la multitud para contemplar el mural plasmado a uno de los costados del puente de la avenida por donde pasaba la marcha. Su nombre es Diana Vanegas y ese día vestía una pañoleta y una camiseta blanca con la leyenda “Nada es igual si alguien desaparece”. En sus manos llevaba un cartel con la fotografía de su hermana, quien para ese momento llevaba más de un año y 10 meses desaparecida.

La reconocí porque la había visto en medios de comunicación y redes sociales. Ella, junto con su sobrina Yesenia Rivera, han alzado su voz para exigir la búsqueda de Luz Leidy Vanegas Orozco, un ama de casa de 44 años, residente en el barrio Castilla y madre de dos hijos que desapareció el 1 de enero de 2020. Su caso ha sido uno de los más mediáticos en Medellín desde el inicio de la pandemia.

El día de la marcha la identifiqué entre la multitud. Hizo su recorrido sola. La volví a encontrar cuando paró su paso para contemplar el mural de ‘Buscarlas hasta encontrarlas’ en el que está pintado el rostro de Luz Leidy. Diana lo observó y en sus ojos se asomaron algunas lágrimas. La vi mirar tan directamente el retrato que me dio la sensación de que intentaba acariciarle las mejillas al retrato.

Aunque guardé una prudente distancia, Diana me vio y me pidió que le tomara una foto con su cartel y el mural. Seguía llorando y la abracé. En ese momento no fui capaz de decirle nada más. Creo que casi nadie sabe cómo se le habla a la familia de una persona desaparecida.

Luz Leidy Vanegas se convirtió en símbolo de las mujeres desaparecidas. Su nombre fue pronunciado por cientos de manifestantes en esa marcha. También hay un mural, una recompensa de 100 millones de pesos y carteles de ‘se busca’ por todo Medellín. Y aunque ese ruido diera la impresión de que la ciudad se movilizó por su búsqueda, ese día Diana, la hermana, estaba muy sola.

“Niña, ¡venga para acá!”. Diana le hizo señas a Tai, su pastora alemana. La perra acostó la cabeza en su regazo y la mujer le tomó el hocico e hizo notar que se le estaban empezando a caer los dientes. Poco antes, Diana me saludó con la mano desde el balcón de su casa, un tercer piso del barrio Niquía en Bello, municipio en el que vive hace 19 años. Tras subir por las escaleras, lo que primero que vi fue un mosaico de fotografías. En una de esas están las hermanas. Me causó curiosidad ver a Luz Leidy en la foto con el cabello planchado, pues en el retrato con el que la buscan tiene el pelo crespo. A pesar de ese detalle, en la foto se nota la similitud entre ambas.

- Nosotros a ella no le decimos Leidy, sino Luz. Yo, a veces, Vanegas —aclaró Diana cuando nos sentamos a conversar— incluso desde la adolescencia. Una vez me dijo que la llamara Leidy. Yo le dije: “Oigan a esta”.

La familia Vanegas Orozco es de Gómez Plata, Antioquia. Allí nació Diana, la mayor. La familia se mudó a Medellín cuando ella era aún muy niña. Dos años después nació Luz Leidy. Sus padres tenían negocios en las terminales de transporte, eran restaurantes de día y heladerías de noche. Su mamá también vendía fritos y se los daba a las dos hijas para que las llevaran a las tiendas en la madrugada. “Somos hijas de una mamá muy trabajadora y un papá muy malo”, dijo.

Él era violento, celoso y alcohólico. Una noche la madre decidió dormir con la mayor de sus hijas para que su esposo no la golpeará. Borracho, él creyó que su esposa dormía con otro hombre y casi las mata a ambas.

- Por eso no me explico... - Diana interrumpió lo que iba a decir, tomó aire y siguió:

Bueno, a veces como que se repite patrones...

El padre de Diana y Luz murió cuando la mayor tenía 12 años. La madre decía que fue lo mejor que les pudo pasar y con el tiempo Diana le dio la razón: la vida empezó a mejorar. Después de eso su mamá viajaba a otros pueblos para trabajar. Con el paso de los años se enteraron de que ella se dedicaba a la prostitución. “Nunca me avergoncé ni la juzgué. Siempre me he sentido muy orgullosa de ella”.

Diana y Luz siempre han sido muy unidas. Más que hermanas, son parceras. Sus personalidades son muy distintas. Durante las vacaciones, en su adolescencia, cada una viajaba a casas diferentes. La hermana mayor iba donde la familia paterna, donde no había luz, se cocinaba a leña, pero siempre se armaba parranda alrededor de la guitarra o la radio de pila. La menor

prefería aislarse en la tranquilidad del campo en la casa de la tía materna, allá dormían más temprano y la vida era más pasiva. Luz pasaba todas sus vacaciones en aquella finca, solo regresaba unos días antes de volver al colegio, por eso no compartía las navidades con su mamá ni su hermana.

- Luz siempre me decía que le pongo moñitos a todo – dice Diana.

Al preguntarle qué quiere decir la expresión, responde: “Puede usarse en dos sentidos, bueno o malo. Lo bueno es que soy la que organiza los cumpleaños, la que da chokolatinas... Siempre he sido muy detallista y cariñosa. Todo en mi vida son corazones y moños”. En efecto, ella es la responsable de las fiestas de la familia. Dice que de los 365 días al año hay cuatro que son inamovibles para compartir: el día de la madre y del padre, Navidad y Año nuevo.

- Pero ponerle moñitos a todo también significa que le doy muchas vueltas a los asuntos, agrega.

Iniciar un año sin ella

Desde que murió su mamá, Diana es quien organiza las fiestas de Año Nuevo en la familia. Es la encargada de la comida y todo lo demás, se empeña en que sea un día especial. Mientras afuera los vecinos ponen música y hacen bulla, ellos adentro hacen rituales, como mapas de sueños o listas de peticiones. Pero el 31 de diciembre de 2019, el último día que compartieron con Luz Leidy, no hubo rituales.

Desde las 8:00 p.m. Luz estaba al pendiente del teléfono. Fernando, su pareja, la había llamado para terminar la relación que sostenían por un asunto de infidelidad. Las hermanas habían acordado que ella iría a su casa en Castilla a intentar arreglar la situación; si no funcionaba, buscaría sus cosas y se irían a vivir juntas: “Nosotras ya habíamos planeado la vida después de él”.

Diana le había ofrecido ocupar el piso de arriba de su casa y apoyarse una a la otra económicamente. Dentro de sus proyectos a futuro estaba emprender. A Luz Leidy le apasionan las manualidades, en especial la bisutería en mostacilla. Las mujeres de la familia aún visten con orgullo los collares y aretes que ella hacía.

- Estos días Tai me desbarató uno de los collares que me hizo - dice señalando a la perra que llora al pie de ella pidiendo alimento- Nunca se los come, yo no sé qué le pasó.

En el primer día del año 2020, Luz volvió a su casa en Castilla con su hijo menor. Esa tarde, ella, Fernando y su hijo salieron a almorzar al centro comercial Florida, pero durante el día la pareja tuvo más discusiones. En la tarde volvieron a la casa, donde continuaron los altercados, y en medio de la discusión la mujer salió sin su celular. Las denuncias oficiales indican que alrededor de las 5:30 p.m. de ese día Luz Leidy Vanegas Orozco fue vista por última vez.

A Yesenia Rivera, hija de la desaparecida, la pude distinguir de lejos por sus rulos sueltos al aire. Me esperó en el paradero de los buses de Robledo Santamaría, un punto central de ese barrio del occidente de Medellín, donde se ubica una cancha y un mercado. Ese día vestía una camiseta con la misma leyenda que la que usó Diana en la marcha del 25 de noviembre. “Nada es igual cuando

alguien desaparece”. Caminamos otro rato para llegar a su casa ubicada en una pendiente cuesta abajo, en la que vive con su pareja, Diego, y sus suegros.

- ¿Le molestan los perros? - Me preguntó mientras caminábamos - Porque en la casa hay dos y uno es cansoncito.

La primera vez que supe de la desaparición de Luz Leidy Vanegas fue en Twitter, en el primer trimestre de 2020. En el río de publicaciones hubo uno que me llamó la atención. Era una imagen de una chica cargando un cartel en la plaza Cisneros. Lo joven que me pareció la muchacha y el hecho de compartir el nombre con ella me hizo abrir la publicación para leer más.

Yesenia Rivera tiene 26 años y desde los 23 busca a su mamá. Es la hija mayor de Luz Leidy, le lleva 7 años a su hermano y, sin elegirlo, se convirtió en la principal buscadora de su familia.

Ese 1 de enero, luego de la fiesta navideña, salió de la casa de Diana con su mamá y ambas tomaron rumbos distintos. Mientras Luz Leidy estaba en el centro comercial con Fernando y su hermano, Yesenia se fue a almorzar con la familia de su novio. Como tenían la costumbre de avisar cuando llegaban a sus destinos, la hija le escribió por WhatsApp a Luz que estaba bien. “Ok”, le respondió la mamá. Esas fueron las últimas palabras que intercambiaron.

Seguir viviendo, vivir buscando

Yesenia habla de Luz Leidy en presente y se refiere a ella como “mami”. Han pasado más de tres años desde la desaparición y su búsqueda no solo impactó a esta familia que espera respuestas, sino que también marcó a la ciudad. Su historia es el reflejo de muchas más historias de

desaparecidas y ha tenido incidencia social y política en la búsqueda de mujeres. El impacto y la repercusión mediática de este caso se ha logrado gracias a la insistente voz de Yesenia Rivera.

La hija recuerda a su mamá como una mujer poco cariñosa, pero muy servicial. Era la que estaba al pendiente de sus hijos y sobrinos cuando estaban enfermos. Rivera cree que su temperamento fuerte, ese que a veces la hace hablar duro, aún sin querer, es herencia materna. Pero también cree que ese carácter le ha dado firmeza que ha necesitado para mantener la búsqueda y no desmoronarse emocionalmente.

Cuando llegó la noche de ese 1 de enero de 2020, la familia esperaba que Luz volviera. Ella había dejado el celular en su casa, así que no tenían cómo llamarla. Ella, además, era de pocas amistades, así que solo había una amiga a quien llamar para preguntarle si estaba ahí. Pasaron la noche angustiados.

En las primeras horas del siguiente día, hicieron un cartel de se busca con una fotografía y sus datos esenciales y cada familiar la compartió en los estados de sus redes sociales. Al caer la noche y tras completar un día entero sin respuestas, Yesenia y Fernando acudieron ante las autoridades a interponer la denuncia. Era 2 de enero y el ambiente aún era festivo, por lo que había pocas personas en la Fiscalía. Durante el 2020 desaparecieron 79 mujeres en Medellín, la de Luz Leidy era la segunda denuncia del año.

En ese lugar encontraron el primer obstáculo, el policía que tomó la denuncia la desestimó con la excusa de que tal vez ella se estaba escondiendo ‘para pasar la rabia y la vergüenza por la

ruptura', o que 'estaría donde otro hombre'. Pero Yesenia insistió que sospechaba que algo malo le había sucedido. Luz no era el tipo de persona que se fuera sin avisarle a nadie.

Un día después, Diana y Yesenia volvieron a la Fiscalía para saber cómo podían contribuir y qué se había hecho hasta el momento. Una funcionaria terminó de recopilar los datos para iniciar el Mecanismo de Búsqueda Urgente (MBU). Al completar la información, la funcionaria se lamentó y les dijo que tuvieran paciencia, pues el proceso era lento y era principio de año, por lo que los funcionarios estaban en vacaciones colectivas. “¿Entonces quién la va a buscar?”, le reclamó Yesenia.

El MUB es un mecanismo judicial autónomo, no hace parte de una investigación penal. Su fin es que se pongan al servicio de la búsqueda todas las alertas para encontrar a la persona dada por desaparecida, sin importar el tiempo que haya pasado. El MBU activa todas las alertas de las redes de hospitales, morgues y del Instituto Nacional de Medicina Legal y cruza información con el Registro Nacional de Desaparecidos para notificar si alguien con esas características o con ese nombre ha ingresado a alguno de los sitios anteriormente mencionados.

Las primeras horas son esenciales para la búsqueda, pero entre los estereotipos de la desaparición y la falta de recursos humanos, el tiempo vital para encontrar a Luz Leidy se fue perdiendo.

Su rostro y el de muchas más

Al entrar a la casa que comparte Yesenia con su pareja y suegros, nos recibieron dos perros. El más grande se balanceó sobre ella, se paró en dos patas y movió la cola como un metrónomo acelerado. Se llama Morgan y tiene tres años. Además de él, que es el consentido de Rivera,

están Milagros, una perra mediana oscura pero más tranquila que Morgan, y Chavela, una gata que nos observa desde las escaleras porque “no le gustan las visitas”. Durante toda la entrevista, el más grande nos mordía los zapatos, se subía en el espacio entre ambas e intentaba lamernos la cara.

- Este gordo me ayudó mucho - dice mientras le acaricia la espalda al perro, pero en realidad trata de tranquilizarlo para que no interrumpa - Milagros fue muy dañina, pero Morgan no. Habrá dañado una que otra cosita.

Morgan era un cachorro de cinco meses cuando Yesenia se fue a vivir con Diego en Robledo. Ha vivido toda la vida en Medellín. Ella vivió en Castilla desde los siete años, cuando nació su hermanito, hasta la desaparición de su mamá. Desde eso, ella no pudo volver a dormir en su vieja casa. Le provocaba miedo. Por las circunstancias en las que se dio la desaparición, luego de una pelea con su pareja, Fernando ha levantado sospecha entre la familia.

Durante los primeros días, la muchacha dormía en casa de Diana, a veces con la hija de ella y a veces con su novio. Se alternaba de casa mientras trabajaba y buscaba a su mamá. Luego de un tiempo su tía le sugirió establecerse en algún lado y le ofreció vivir con ella, pero Yesenia tenía planes de mudarse con su novio desde antes de convertirse en buscadora, así que dejó definitivamente la casa que compartía con su mamá.

- Me daba miedo amanecer allá, me daba miedo entrar a la cuadra. Era muy particular sentir que ese lugar, esa casa donde viviste tantos años, que considerabas tu hogar, de un día para otro sientas que ahí algo malo te puede pasar.

Una semana después del reporte de desaparición les asignaron un fiscal que para ese momento estaba de vacaciones. A su regreso les dijeron que debían esperar dos días más para hablar con él, para darle tiempo de analizar el caso. Y cuando por fin llegaron a su oficina en La Alpujarra, él las hizo esperar pues aún no había revisado la documentación. Recién se enteraba del caso con la llegada de la hermana e hija de la desaparecida.

La Alcaldía de Medellín, a través de la Secretaría de Inclusión Social, Familia y Derechos Humanos, les asignó un psicólogo a Yesenia, Diana y el hijo menor de Luz Leidy. El 8 de enero, justo después de una de esas primeras citas, conocieron a un activista de Redepaz. Él les mencionó que habría un plantón por el asesinato de Daniela Castaño Argáez, una mujer de 19 años de La Estrella, y que allí también estarían algunos medios de comunicación. Vieron la oportunidad de regar la voz. Este activista les ayudó a hablar con un periodista de Telemedellín. Allí la hija fue entrevistada y por primera vez la opinión pública escuchó sobre Luz Leidy Vanegas Orozco, la ama de casa desaparecida en Castilla. Allí mismo conocieron a la concejala Dora Saldarriaga, del movimiento político de mujeres Estamos Listas, que les sirvió de puente con la Secretaría de Seguridad y Convivencia para que revisaran las cámaras de seguridad del sector.

Luz Leidy fue vista por última vez el 1 de enero de 2020, vestía una blusa blanca, jean y sandalias. En su barrio hay una cámara apuntando a cada una de las dos salidas, pero en los videos de las horas cercanas a la desaparición no se le ve. Se observa cuando sale su hijo menor, según le contó a su hermana, porque necesitaba despejar su cabeza; minutos después se ve salir a Fernando, eran cerca de las 5:30 p.m. Luego de un rato de grabación, se les ve a ambos volver a la casa, pero ninguna imagen la captó a ella. El video muestra el tránsito de vehículos, entre particulares y públicos. Eso quiere decir, según la familia, que las únicas posibilidades que quedan es que saliera por algún punto ciego o que la hubieran sacado del barrio en un vehículo.

En las dos primeras semanas no hubo día en el que no salieran a buscarla. Recorrieron las calles del Centro, las quebradas cerca de la casa, preguntaron en hospitales y en el Instituto Nacional de Medicina Legal. Casi siempre Yesenia y Diana, acompañadas de familiares, amigos y conocidos, pegaban volantes en las calles. En esas mismas semanas, una conocida contactó a una vidente que decía sentir la presencia de Luz Leidy en Moravia y les decía que estaba viva pero desorientada. Fueron con ella buscarla, pero nadie dio respuesta. “La vidente decía que mami estaba viva, pero que tenía un bloqueo”. Lo intentaron porque nada perdían y porque necesitaban agotar cada formas posible de búsqueda.

Pasados 40 días realizaron el primer plantón en nombre de Luz Leidy. En la cancha El Cuadrito de Castilla se reunieron familiares y amistades para alzar la voz por la desaparecida. En las rejas pegaron sus carteles: “Amiga desde donde quiera que estés le pido a Dios que te cuide y te proteja”. Yesenia y Diana, ambas vestidas de blanco y con bisutería de mostacilla hecha por Luz, pedían celeridad. “Te seguimos buscando, te seguimos esperando”. Un hilo amarillo pasaba entre

cada uno de los asistentes, se lo envolvía en las manos y hacían una petición. “Alzó mi voz para que no haya un desaparecido más”, dijo Diana cuando fue su turno.

Entre la desaparición de Luz Leidy y el inicio de la cuarentena obligatoria por la pandemia de Covid-2019 transcurrieron 84 días. Las restricciones de libre circulación y el encierro limitaron las posibilidades de plantones, por lo que las formas de búsqueda se trasladaron a las redes sociales.

Yesenia tenía cuenta de Twitter, pero realmente no le prestaba mucha atención. No fue hasta que conocieron al activista Gerardo Pérez, quien ya había apoyado otros casos de búsqueda en la ciudad, que hicieron más notable su presencia allí. Gerardo le aconsejó a la familia hacer su propia Operación Cirirí, en referencia a las acciones de protesta que realizó la defensora de derechos humanos Fabiola Lalinde, cuando su hijo Luis Fernando fue desaparecido por militares en 1984. La estrategia pacífica y permanente de esta mujer se volvió ícono de la persistencia, y la familia Vanegas Orozco la tomó como ejemplo, pero ante el confinamiento obligatorio, optó por utilizar las redes sociales para exigir que las autoridades actuaran.

“La idea era publicar algo todos los días para poder generar recordación. Que la gente viera que hay una mujer desaparecida”, explica Yesenia. Ella empezó a contar los días de ausencia de su mamá, etiquetaba a autoridades como funcionarios y dependencias de la alcaldía, al propio alcalde Daniel Quintero, y a instituciones como la Policía Nacional y la Fiscalía General de la Nación. Lograron que hashtags como #LaQueremosViva, #HastaEncontrarALuzLeidy y #BuscarlasHastaEncontrarlas fueran tendencia en Twitter. Sus voces no fueron las únicas.

Durante el encierro, cada mensaje y cada imagen compartida, ayudaba a que ya no fuera solamente la familia la única al pendiente de cómo avanzaba esta situación.

La voz de Yesenia Rivera comenzó a escucharse cada vez más fuerte y en lugares de poder. Ella fue quien inició las participaciones del público en medio de las discusiones del Plan de Ordenamiento Territorial en las sesiones del Concejo de Medellín y el 31 de mayo de 2020 intervino para contar su propia historia y pedir que en esas mismas discusiones se tuvieran en cuenta la desaparición de personas en la ciudad. En esa sesión virtual, varios miembros del Concejo tenían el afiche de “se busca” ilustrado a sus espaldas e incluían una mención a Luz Leidy en sus intervenciones. Al final de la discusión, el alcalde Daniel Quintero le envió un mensaje a la familia. Esa fue la primera vez que la mencionó. Al día siguiente, cuando ya se habían cumplido seis meses de ausencia, la Nueva Banda de la Terraza, colectivo que hace activismo por medio de proyecciones, iluminó una pared con fotografías de luz y capturas de los tweets de su hija.

Con la participación de Yesenia en el Concejo, el caso empezó a ganar interés mediático. Pasó de estar reseñado solo en periódicos y radios locales, a ser cubierto por medios de comunicación nacionales. Antes de la intervención pública, menos de 10 noticias y reportajes habían informado sobre su búsqueda; pero desde el 1 de junio, las menciones al caso fueron más frecuentes en radio, prensa y televisión. Uno de los repuntes de la visibilización de este fue durante la desaparición de la excandidata al concejo Karina Rivas.

Rivas fue candidata por la lista del movimiento Estamos Listas. Su desaparición se denunció el 15 de junio de 2020 y no solo sus allegadas y su partido político alertaron sobre su ausencia. Por redes sociales el alcalde Daniel Quintero se pronunció sobre su búsqueda y convocó a un consejo de seguridad, con presencia del CTI y el Gaula. Luego de cuatro días la excandidata apareció sana y salva, pero en redes sociales hubo críticas a la atención desigual que la Alcaldía le dio a ambos casos, pues para ese momento la familia Vanegas Orozco llevaba más de seis meses esperando apoyo.

“Buena noticia: apareció Karina Rivas. No vamos a descansar hasta encontrar a Luz Leidy Vanegas. Tenemos ya tres hipótesis y al CTI y al Gaula trabajando en equipo y con un Fiscal destacado sólo para este caso”, dijo en su cuenta de Twitter el alcalde de Medellín 17 de junio de 2020 luego de los comentarios hechos en redes sociales.

- Al día de hoy, seguimos sin saber cuáles son las tres hipótesis que él mencionó, aclara Yesenia.

El nombre de Luz Leidy siguió siendo mencionado en cada nota en la que se hablaba de desapariciones o de violencia contra las mujeres en Medellín, y en plantones. En cada espacio se incluía una arenga o un cartel por ella.

Pasaron 324 días desde que la vieron por última vez hasta que la Alcaldía ofreció una recompensa por su búsqueda. Primero fue de \$20 millones, luego pasó a ser de \$100 millones. La presión llevó a otras respuestas: el movimiento Estamos Listas convocó a una sesión del Concejo el 14 de octubre de 2020 en la que estuvieron presentes Policía Nacional, Fiscalía y

Procuraduría, en la se visibilizó públicamente la desaparición de niñas y mujeres en la ciudad. También se instaló, en junio de ese mismo año, una Mesa de seguimiento interinstitucional para el tema de las mujeres desaparecidas, la cual pretende que las entidades trabajen conjuntamente en las búsquedas. En ambas acciones el caso de Luz Leidy no solo se convirtió en la cara de la ausencia, sino también en el reflejo de cómo los estereotipos basados en género afectan la búsqueda temprana de mujeres desaparecidas.

Gabriela Romero, integrante de la colectiva Buscarlas hasta encontrarlas, señala que uno de los mayores de obstáculos para iniciar una investigación en estos casos es el mito de que hay que esperar 48 horas para acudir ante las autoridades. Aunque en el imaginario de muchos funcionarios aún esté la idea de la espera de las 72 horas, la Ley 971 de 2005 exige que las autoridades judiciales realicen la localización de forma inmediata. “Si tu amiga dice que en 10 minutos llega y ha pasado una hora y no ha llegado, es motivo suficiente para poner una denuncia” explica Romero, “Pero lo que encontramos es que la Policía pide a las familias esperar. Cuando se trata de mujeres desaparecidas, hacen comentarios machistas tipo ‘demás que está con un amiguito’, desestimando la denuncia”.

El alcalde y el comandante de la Policía Metropolitana hicieron presencia en la repartición de volantes que se hizo en el barrio donde desapareció Luz Leidy el 20 de octubre de 2020. Aunque sus declaraciones apuntaban a la gestión del gobierno local, Yesenia y Diana insisten que esta atención y apoyos llegaron demasiado tarde.

Otras mujeres se unieron a la búsqueda. En las marchas del 25 de noviembre 2020 manifestantes y encapuchadas alzaron los carteles de búsqueda en medio de los tumultos de chicas. En medio de la conmemoración del día de la mujer, el 8 de marzo de 2021 cientos de mujeres se reunieron para plasmar el rostro de Luz Leidy Vanegas junto con la leyenda “Buscarlas hasta encontrarlas”. Su cara pasó de estar en carteles pegados a postes de su barrio a estar en un mural de aproximadamente 70 metros de largo. Ese mismo día salieron a repartir volantes en Castilla.

En vida, hermana, en vida

Al recordar a su hermana en aquel 31 de diciembre, Diana enumera las cosas que le faltaron por hacer ese día. Durante toda esa noche quería ponerle una canción, “En vida” de Segundo Rosero, la cual justamente habla de aprovechar a tu ser querido antes de morir. A Luz Leidy le gustaba tomarse fotos con su familia, en esa fiesta buscó a su hermana para tener una imagen juntas.

- Pero en todas las fotos yo sacaba la lengua, alzaba las manos. O sea, payaseando. Hasta que hubo un momento donde se enojó conmigo y me dijo: ‘Hasta que no deje de hacer morisquetas, no se toma una foto conmigo’.

Diana suelta una carcajada recordando el momento, pero de pronto su tono se torna melancólico.

- Nunca nos la tomamos. No hay una foto de nosotras dos de ese día. A veces no hay segundas oportunidades.

En el primer aniversario de la desaparición, el caso volvió a ser de interés para los medios de comunicación; pero el cubrimiento se limitaba a las actividades de movilización. Los plantones también se dejaron de realizar. En 2022, solo dos notas de prensa mencionaron su historia.

Yesenia admite que la presión pública disminuyó por varios motivos. Primero, porque han pasado más de tres años desde que sucedieron los hechos. Mientras más tiempo pasa menos posibilidades hay de encontrarla, piensa la hija. Segundo, porque ellas mismas dejaron de impulsar actividades para que la ciudadanía se uniera a su clamor.

- Es que llega un punto que cansa - suelta con un suspiro. Mira para otro lado y agacha la cabeza, parece que le pide perdón a alguien.

La joven recuerda todas las entrevistas que concedió a los medios que la contactaron, los mensajes que respondía en redes sociales, pero incluso desistió de hacer el conteo diario de la ausencia de su mamá: la última vez fue el 15 de noviembre de 2020, 320 días después de la desaparición. Ahora solo publica en su cuenta de Twitter los primeros días de cada mes. Su tía y ella van cada vez con menos frecuencia a la Fiscalía para preguntar cómo avanza la investigación y la respuesta es la misma: pocos o casi ningún avance.

Aún les pesa la incertidumbre, pero tuvieron que continuar con sus vidas. En el imaginario colectivo Luz Leidy está cada vez menos presente. En Castilla, la gente que se cruza con los carteles de búsqueda que aún quedan en los postes se sorprenden de que todavía esté desaparecida, pues muchos asumieron que la habían encontrado.

Personas a su alrededor le han sugerido a Rivera que es momento de hacer un duelo, dejar ir todo eso que siente. “Yo no puedo hacer un duelo porque no sé qué pasó. Yo no sé si está viva o muerta. Por todo el tiempo que ha pasado, las circunstancias, por el sentir espiritual, yo creo que mami está muerta. Pero sin una certeza de lo que le pasó yo no puedo terminar, no puedo dejar de buscarla”, dice.

Diana vive en un tercer piso del barrio Niquía Camacol, se mudó allí luego de la pandemia. Esa iba a ser la casa de Luz Leidy. Estábamos sentadas en el sillón de la sala una tarde de 13 de agosto de 2022 cuando en medio de la conversación sonó un golpe sobre nosotras. Afuera no había árboles ni objetos grandes. Ella se quedó en silencio y me preguntó si había escuchado el sonido. “Es tan raro, siempre que hablo de ella suena como si saltaran en el techo”. Para Diana esa es una manifestación de su hermana y una prueba de que está muerta. Luz se le ha aparecido en sueños, de modos tan tangibles que no parecen una recreación de su mente. En esas fantasías nocturnas, dice, Luz le ha enviado señales.

Aun asumiendo que su hermana está muerta, Diana no deja de buscarla, con menos perseverancia, pero siempre con la misma esperanza. Examina cada rostro que se cruza por la calle, cada cara dormida entre las personas que habitan la calle. Ante la falta de respuestas, cree que todas las posibilidades pueden ser ciertas: un secuestro, un caso de trata, un accidente. Diana enterró a sus papás y sus hermanos. A excepción del padre, todos murieron por infartos fulminantes. Ella es la única de su familia que ha tenido el privilegio de vivir más de 49 años; pero con Luz Leidy no puede transitar su pena como lo hizo con los demás. “Cuando uno tiene

un muerto va y les reza en una tumba. Puedes hacer un duelo. En una desaparición todo pasa de repente y no entiendes qué pasó”.

Yesenia recuerda a su mamá por los momentos bellos. Se la imagina chancleteando por toda la casa bailando a la par de la salsa *El sol de la noche* o con su radio cantando canciones de Vilma Palma e Vampiros. Recuerda todas las veces que olió los alimentos para ella, para saber si estaban buenos o si algo se había podrido, pues Luz perdió el olfato en un accidente en moto cuando estaba embarazada de Yesenia. A veces la hija también se permite reír de la tragedia: “Una vez mi primo en un chiste cruel decía que necesitaba que mi mamá apareciera para que le pidiera una cita médica, porque ella era la única que sabía su clave de la EPS”.

Sin embargo, la ausencia es evidente cuando Yesenia, por inercia, se imagina contándole a su mamá cualquier cosa que le ocurrió en el día y se da cuenta que no lo puede hacer. O cuando está enferma y quisiera que la consintieran; o en las fechas especiales, que traen de nuevo a su mente ese último cumpleaños que celebraron tomando vino.

- Esto es como una montaña rusa de emociones - explica. - Hay momentos donde se está bien, se busca, se pregunta y se avanza, como hay otros donde vienen los recuerdos y llega la tristeza. Nos tocó entender y aprender que aún con la desaparición de mi mamá, la vida sigue. No podíamos quedarnos ahí estancadas.

Yesenia le pone la correa y el bozal a Milagros. Aunque Morgan me parece el perro más inquieto, lo pasea suelto, sin amarres. Su casa en Robledo queda en lo alto de una montaña y

desde allí, en la noche, siente que las estrellas bajan para iluminar el valle. Desde ahí se ve lo enorme que es Medellín, llena de cuerpos de agua, callejones y pasadizos desconocidos. La joven que está delante mío ha intentado recorrer cada rincón de ellos, porque está segura de que en algún lugar de esta colosal ciudad hay alguna huella que la lleve hacia su mamá.

Pequeñas ausencias

En los vídeos de una cuenta de TikTok, una niña carga una bebé, le da besos y usa con ella los filtros en tendencia. En uno de ellos la toma y la pone a bailar. Quien vea los videos de esta usuaria pensaría que se trata de una niña jugando con su hermanita, pero el texto que acompaña las imágenes dice otra cosa: “Soy mamá ah los 13 años (SIC)”.

- Es broma vdd — pone alguien en los comentarios.
- No, es verdad — responde la niña seguido de emojis de corazón.

Otros comentarios reflejan asombro. Algunos más empáticos le preguntan qué pasó, cómo es mamá tan pequeña y le piden que muestre fotos de su embarazo. Otros hacen chistes y comentarios sarcásticos con la situación. Después de ocho mensajes, la usuaria bloqueó la opción de comentar la publicación.

En otro video, la misma niña aparece bailando y cargando a la bebé. “Cuando mi prima me pregunta como me embaracé (SIC)” dice la imagen mientras de fondo la niña baila, se toca la panza y pone el índice en sus labios en señal de secreto. Al final le da un beso a la chiquita.

La primera vez que vi la cuenta de TikTok hubo un choque. Ya había escuchado el contexto de la desaparición de muchas niñas en Medellín, pero era la primera vez que le veía el rostro a una de esas historias. Para los seguidores de esta cuenta lo que sucedió es un misterio. Posiblemente harán especulaciones, pero la verdad es que detrás de esta niña de 14 años y su bebé de un año, hay un relato que involucra su secuestro, desaparición y abuso sexual. Quisiera decir que este

caso es excepcional, pero los datos muestran que es otro lado, menos conocido, de la desaparición de niñas en Medellín.

La desaparición tiene un tierno rostro de niña

Entre 1930 y 2021 en Colombia se documentaron 168.084 casos de personas desaparecidas, según datos del Instituto Nacional de Medicina Legal en su informe Forensis 2021. Y aunque históricamente en el país ha habido una prevalencia de hombres entre los desaparecidos, asociada al conflicto armado, el informe hace dos revelaciones: el aumento en la desaparición de mujeres y la inversión de la proporción de casos de desaparición en casos de menores de edad. Señala el informe que lo primero ocurre porque “las condiciones de empoderamiento de la mujer en espacios laborales, sociales y políticos, que la hace vulnerable a ser desaparecida en dichos contextos”, y lo segundo, debido a que entre 1930 y 2021, el reporte de menores de edad desaparecidos correspondió en un 60% a niñas.

Esa tendencia se mantiene: luego de los hombres adultos, la mayoría de las desapariciones reportadas en el país son de niñas. En 2022 desaparecieron 6.465 personas y 1.440 de ellas eran mujeres menores de edad, más del doble del reporte de niños varones desaparecidos, que llega a 705 casos. Incluso, acercando más la mirada, se observa que los casos de mujeres menores de edad se concentran principalmente en adolescentes de 12 a 17 años, con 1.332 casos.

Salomé*, la niña de los videos de TikTok es una de esas historias. Su cara refleja ese tránsito de la infancia a la adolescencia y su cuerpo alto y delgado contrasta con el rostro de una niña que aún juega con su hermana y sus primos. Para llegar a su casa hay que atravesar ese laberinto de

casas que se forman en las calles del barrio Santo Domingo, por donde solo hay escaleras y pasadizos en los que a duras penas caben las motos. Son tan confusos esos callejones que uno de los niños de la casa tuvo que salir a buscarme y guiarme. Afuera estaban reunidos más de ellos, jugando y correteando por la cuadra. Mónica, la mamá de Salomé, me invitó a pasar y me hizo señas de que habláramos bajo para que los demás no nos oyeran.

“Yo veo a Salo más barrigona”, fue el comentario con el que la hermana de Mónica advirtió sobre el embarazo de la niña. Preocupada, la mamá empezó a detallarla. Un día mientras la observaba bañarse vio el bulto que crecía en su vientre. ¿Cómo era posible si ella no salía de casa? Tras confirmar el embarazo, la tía y mamá le preguntaron a Salomé si el padre del bebé era el hombre que vivía con ellas y con el que Mónica llevaba cinco años de relación. Ella lo negó y respondió que era de otro *man*. Ninguna le creyó.

Fue la otra hija de Mónica, un año menor que Salomé, la que contó toda la verdad. El padrastro de las niñas abusaba de la mayor y lo había intentado hacer con ella. La madre, furiosa, lo confrontó para que contara lo que les había hecho a sus hijas, pero él lo negó todo. En esa misma llamada terminaron la relación. Al colgar, Mónica cogió un cuchillo de la cocina y recorrió las calles de Manrique buscándolo, lo quería matar. “Menos mal no lo encontré, porque sino quien estaría en la cárcel sería yo y no él”.

Ese mismo día, cuando regresó a su casa, se dio cuenta de que Salomé no estaba. Llamó a su expareja, pero él negó estar con ella. Allí empezó la búsqueda de la niña embarazada.

Fueron días muy angustiantes para Mónica. Primero interpuso la denuncia en el CAI del barrio, pero los patrulleros tuvieron que esposarla porque tuvo una crisis en la que decía que quería acabar con su vida. Nadie le daba razón de su hija. Una conocida le contó de un grupo que podía ayudarla y así fue como Mónica conoció la estrategia de Buscarlas hasta encontrarlas, conjunto de acciones organizadas por el movimiento político de mujeres Estamos Listas. Esta se enfoca en apoyar socialmente a las familias de niñas desaparecidas y hacer veeduría política a las acciones administrativas para la búsqueda de mujeres en Medellín. La estrategia hace carteles de “se busca” que ya son reconocidos y compartidos por los usuarios de redes sociales, pero el acompañamiento va más allá de la publicación de la imagen.

Es una tarde de agosto de 2022. Una mujer apuntó con su voz a través de un megáfono hacia lo más alto un complejo de edificios. “Exigimos la búsqueda de Leidy Andrea Restrepo Goez. Lo exigimos, lo exigimos”. Su voz se logró escuchar fuerte en el centro administrativo La Alpujarra, lugar donde se asientan los poderes que administran los gobiernos Departamental de Antioquia y Municipal de Medellín. El nombre que mencionaron es el de una mujer que fue vista por última vez 24 días antes. Sus familiares y amigos organizaron un plantón para exigir celeridad en su búsqueda.

La mujer del megáfono es Ghiomara Aristizábal, líder de la estrategia de Buscarlas hasta encontrarlas. Ese día, el alcalde de Medellín, Daniel Quintero, estaba en el piso 12, donde queda su despacho. “En la ciudad que ustedes gobiernan hay mujeres desaparecidas. Leidy lleva 24 días

desaparecida y usted no le ha dicho nada a su familia. El silencio institucional también es violencia”, remató ella y encendió la alarma del aparato. El plantón se mantuvo por casi dos horas hasta que el alcalde bajó para ofrecer una recompensa de \$100 millones para quien diera información que contribuyera a la búsqueda.

Ghiomara es la persona que acompaña a quienes llegan a la estrategia. Cuando tiene que hablar en público usa un tono firme, pero al conversar es cálida y se dirige a las demás mujeres llamándolas “bella”. Su rol es llamar a las familias y estar pendiente de si hay avances en los casos, pero su entrega a la causa la ha llevado incluso a recorrer las calles de Medellín repartiendo volantes.

En la búsqueda de Leidy Andrea Restrepo llegó a internarse en los bosques de Santa Elena con el equipo de bomberos que la buscaba. Aristizábal es trabajadora social y presta sus servicios en el Parque Explora, pero está comprometida de lleno con esta causa. Cuando la conocí estaba creando un protocolo para la búsqueda de personas con enfoque de género, como tesis para su maestría en Derechos Humanos y Pedagogía.

Me contó que Buscarlas hasta encontrarlas no es una fundación, ni pretende suplir la labor que tiene el Estado. Dijo que todo el trabajo es voluntario y que hacen un acompañamiento integral a las familias explicando cómo poner la denuncia, brindando asesoría legal y psicosocial, y haciendo presión por medio de la concejala del partido para asuntos administrativos.

“La estrategia nace por la incapacidad de un Estado para buscar y encontrar a las mujeres desaparecidas, sabiendo que tiene todos los recursos técnicos, tecnológicos y económicos para hacerlo”, explica Aristizábal. Se centran en las desapariciones de niñas y adolescentes en Medellín, pero han hecho excepciones con casos especiales de otros municipios. Tratan de acompañar máximo dos casos a la vez y muchas de las familias llegan a ellas por medio de las redes sociales o porque alguna militante pide ayuda para una conocida.

Aristizábal acompañó a la familia de Salomé cuando repartieron volantes e hicieron plantones para pedir el regreso de la niña. Tanto la Policía como la mamá sospechaban del abusador, pero él siempre negó estar con ella. Luego de 20 días y gracias a las interceptaciones que las autoridades hicieron a su línea celular, Salomé fue rescatada por el Gaucho de la Policía Nacional. Era 19 de junio de 2021.

El día del rescate, Salomé contó que había llamado al abusador para contarle que Mónica ya se había dado cuenta del embarazo, y que decidieron huir. “Él dijo que se fuera con él, que yo la iba a ‘picar’ y a tirar al río. Y como yo fui (habitante) de la calle, ella debía estar muerta de miedo”, relató Mónica. Durante los 20 días en que la niña estuvo desaparecida, el abusador no le permitió salir a la calle o hablar con los vecinos, pues sabía que estaba en la mira de las autoridades.

En ese mismo operativo, el agresor fue capturado y meses después condenado a 12 años de prisión por el delito de acceso carnal abusivo con menor de catorce años. No fue procesado por secuestro, pero el juez ordenó investigar también el intento de abuso sexual a la hermana menor.

No basta con aparecer

Luego de su rescate, Salomé no volvió inmediatamente a los brazos de su madre. Como medida de restablecimiento de derechos fue internada en un establecimiento del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Esto le generó otro episodio de depresión a Mónica, por lo que su hermana le ofreció que fueran a vivir juntas en Santo Domingo.

- ¿Y la niña que decía sobre el embarazo?
- Yo sí le dije, que mejor abortara — confiesa Mónica — Pero ella me dijo: ‘Má, acuértese que usted me dijo que abortar es pecado’. Con esas me salió.

Salomé fue internada en la Casa de la Divina Providencia, una institución fundada por la congregación Siervas de Cristo Sacerdote ubicada en El Chagualo, en el centro de Medellín. Todos los días Mónica bajaba desde las inclinadas laderas de Santo Domingo hasta el barrio llano donde se albergaba su hija. Allí estuvo siete meses. “Yo no quería que Salo tuviera ese bebé. Yo bien mal, yo qué iba a querer. Pero luego le fue creciendo la barriga y me llené de emoción”.

Con la “aparición” o el hallazgo de la persona reportada como desaparecida no termina el ciclo de violencias que atraviesan las niñas y mujeres sobrevivientes de desaparición, ni siquiera cuando la persona regresa con vida. En el caso de Salomé, cuando los medios reportaron su regreso, las redes sociales pasaron de estar llenas de mensajes pidiendo su regreso a otros menos positivos. El fenómeno se repite con otros casos:

- “Pero que nos cuenten dónde estaba los que compartieron la imagen merecen esa explicación de la historia (Sic)⁶”, se lee en una publicación de otra niña de 14 años que también regresó a su casa después de una búsqueda mediática.

- “Ya la niña apareció solo era un berrinche”, especula otro usuario en una nota que reseña el caso de una joven de 16 reportada como desaparecida.

- “Para q viendo q tiene 13 años no la mandan con un acompañante sabiendo como está la inseguridad. eso es carné de cañón por dios tengan conciencia (Sic)⁷”, escribe un hombre, en un intento por culpabilizar a la familia de una niña que salió de su casa en el barrio La Gabriela de Bello para hacer una tarea y no volvió.

-“Bno ahora que nos cuente donde estaba (Sic)⁸”, comenta un hombre antes de darle “me divierte” a la publicación en Facebook de una niña que también pudo regresar viva a su casa.

“La mayoría de las desapariciones de niñas son por voluntad propia, pero entendiendo que esto responde a un sistema que no cuida, donde las madres o padres no pueden brindarles algún entorno protector porque les toca trabajar y tienen que dejarlas al cuidado de otras personas”, explica Ghiomara.

⁶ “Pero que nos cuenten dónde estaba. Los que compartieron la imagen merecen esa explicación de la historia”.

⁷ “¿Para qué, viendo que la niña tiene 13 años no la mandan con un acompañante? Sabiendo cómo está la inseguridad. Eso es carne de cañón. ¡Por dios, tengan conciencia!”

⁸ “Bueno, ahora que nos diga dónde estaba”.

Además, cuenta que los problemas familiares y las redes sociales facilitan el escenario para que agentes se aprovechen de la vulnerabilidad de las menores y las desaparezcan: hombres mayores que sostienen relaciones con menores de edad, niñas que viven en contextos de violencia y se vuelven el capricho del matón del barrio, adolescentes que son engañadas para “sacar adelante a sus familias” y terminan en redes de trata de personas, entre otros casos.

La comunicadora agrega que el contexto de la ciudad no las favorece, pues en medio de las fronteras invisibles, el microtráfico, la explotación sexual comercial, y demás fenómenos violentos de la capital antioqueña, las más vulnerables a la desaparición y otras formas de violencia son las niñas solas, las que viven en barrios de estratos bajos y periféricos. “Ellas están como carne de cañón en medio de todo lo que está pasando y pasa siempre” opina Ghiomara con un tono de indignación.

El capítulo ‘Comportamiento de la desaparición en mujeres en Colombia, 1937-2019’ presentado en el informe Masatugó del Instituto Nacional de Medicina Legal⁹, indica que el grupo poblacional de niñas y adolescentes de 10 a 17 años representa más de la mitad de las mujeres históricamente reportadas como desaparecidas. El 54% de ellas aparecieron con vida.

“Yo veo el tema de niñas desaparecidas con especial incidencia en Medellín”, señala Diana Emilce Ramírez. Ella lleva 24 años trabajando en el Instituto Nacional de Medicina Legal en temas de búsqueda de personas, dirigió durante 10 años la Red de cadáveres no identificados y, entre 2017 y 2022, fue secretaria técnica de la Comisión de búsqueda de personas desaparecidas.

⁹ Publicación quinquenal sobre lesiones de causa externa en mujeres.

Ha sido coautora de varios informes que analizan el comportamiento de la desaparición de mujeres en Colombia.

La información en la que el Instituto de Medicina Legal se basa para analizar este fenómeno surge de los datos recopilados por el Registro Nacional de Desaparecidos y el Sistema de Información Red de Desaparecidos y Cadáveres SIRDEC (RND/SIRDEC), el sistema público, interinstitucional y nacional para la búsqueda e identificación de personas desaparecidas. De ellos se concluye que gran parte de los casos de desaparición de niñas corresponden a lo que allí se denominan “ausencias voluntarias”, es decir, crisis familiares, situaciones de consumo de sustancias psicoactivas, violencia intrafamiliar, captación por redes de trata de persona, por mencionar algunos.

“Me llama mucho la atención que veía adolescentes muy pequeñas con vida marital, incluso con relaciones conyugales previas. En el relato (sus familias) no las nombran como niñas, sino que te decían que 'la chica se desapareció y tenía problemas con su expareja'. Y son menores de 15 años. Entonces tú te haces a la noción del tiempo ¿Cuándo comenzó esta chica con una convivencia marital?”, señala Ramírez, añadiendo que este fenómeno es más frecuente en ciudades capitales. Cabe resaltar que las leyes colombianas reconocen que cualquier contacto sexual con niñas menores de 14 años constituye un delito, pues no pueden dar su consentimiento pleno. Esto quiere decir que cualquier embarazo en una niña de menos de 14 años debe considerarse no consentido y, por lo tanto, producto de violencia sexual.

Salomé está sentada en el patio de la casa almorzando, mientras su bebé, que ya cumplió un año, se ensucia la cara con gelatina. Mónica y yo tratamos de hablar prudentemente, para que los otros niños no nos escuchen. Aun así, mientras estamos en la sala dos de ellos se sientan cerca de nosotras y oyen nuestros susurros a través de la música que suena fuerte proveniente del patio.

- ¿En qué año están las niñas? – le pregunto.
- En séptimo – Grita uno de los chicos –
- Acuérdesse que usted no se puede meter cuando estoy hablando con los mayores – los regaña Mónica.

Luego de lo sucedido, la ahora abuela cayó en una profunda crisis, no tenía ganas de vivir y poco a poco sentía cómo su hogar se iba desvaneciendo. Dice que siente que lo perdió todo y que fue su hermana quien la ayudó en ese momento, y ahora es quien sostiene económicamente ambas familias.

- Salomé está en sexto – contesta Mónica
- No, en séptimo – le corrige el mismo niño.
- Eso. Salo va pa' séptimo y la otra a sexto. Yo también veo por él – señala al niño que nos interrumpió. Está sentado en la silla comiendo el arroz con pollo que hizo su tía - Él pasó a tercero. Él es hijo de una media hermana que lo dejó en la calle, yo ya le dije la verdad.

En septiembre de 2021 Salomé tuvo a su bebé. En su TikTok subió fotografías de su delgado brazo canalizado. Luego del parto fue regresada a donde estaba internada, junto con la recién nacida. La niña le decía a su mamá que estaba aburrida de estar allá encerrada. El 14 de diciembre, luego de siete meses, Salomé y su bebé fueron entregadas a Mónica. Desde entonces,

han tenido acompañamiento psicológico del Estado y la mamá ha tratado de solventar el daño con regalos materiales y compartiendo paseos en familia.

“Tengo que decirlo, hay un tema de camaradería con las mamás”, me dice Ghiomara quien se volvió amiga de Mónica luego de que encontraron a Salomé. Estaba pendiente de cómo iba la situación en el hogar de paso y buscando apoyos para los gastos de la bebé y para que la niña continuara sus estudios. “Yo soy mamá también. Es imposible decir ‘te ayudo y chao’. Es un tema de sororidad”, agrega.

Debajo de unas pintas azules de animal print, Mónica tiene tatuado el nombre de su nieta. “Esa niña es la luz de mis ojos. Nos dice mamá a Salo y a mí”. Tiene planeado dejar la casa de su hermana el año que viene y buscar donde formar un hogar para ella, sus dos hijas, su sobrino y su nieta. Aunque aún no sabe con quién dejarlos en las horas en las que trabaja “en lo que puede”.

Al salir del callejón donde está ubicada la casa me doy cuenta de que desde allí se puede ver la estación Santo Domingo del metrocable. Un grupo de infantes corren por las escaleras del barrio: tres niños que deben tener máximo ocho años y dos niñas tan pequeñas que aún todavía no hablan claro, tal vez de cinco años. En la parte llana de las escaleras hay una tienda en una casa verde. Un hombre se dirige a los niños y los llama con señas. Compra mecato, se los reparte y aprovecha para tocarles las mejillas. El grupo le da las gracias y continúan escaleras abajo. El hombre sigue detrás de ellos y los invita a entrar a su casa para ver un perro. Su insistencia me incomoda, me genera desconfianza. El más alto de los niños le dice que no, que abajo los están

esperando. El grupo se despide y sigue su camino. El hombre los sigue mirando. La más pequeña se despide agitando la mano entre risas, a lo que el hombre responde tirándole un beso que me parece más que inapropiado. Nadie más parece haberse dado cuenta.

A pesar de todo, todavía te espero

Doña Mercedes hacía tiempo sentada en la sala de su casa mientras llegaba su hija Erika Pérez, de 37 años. El último mensaje que recibió de ella decía que ya iba estaba en camino. Veía la entrada, esperando para abrirle la puerta.

Esa noche del 7 de febrero de 2022 avanzó y el sueño le ganó, se fue para su cama, estaba muy intranquila. “Erika se está demorando mucho”, pensó. Pese a la preocupación se quedó dormida. A las 6:00 a.m. del día siguiente unos golpes en la puerta la despertaron, era el mismo modo de tocar de su hija. Doña Mercedes agradeció que ya hubiera llegado, pero al abrir no encontró a nadie del otro lado.

Esa noche de desasosiego fue la primera de muchas que vendrían para esta mamá. La semana que le siguió, el insomnio vino por la angustia de no saber dónde podía estar su hija. Después llegaron los amaneceres que la atrapaban entre lágrimas y tristezas y luego la noticia de que encontraron el cuerpo sin vida de Erika en el río Medellín. Mercedes Pérez sabe que su hija no volverá a su casa; sin embargo todavía se sienta en el comedor, mirando la entrada, añorando verla pasar por ahí.

Erika Pérez era peluquera. Trabajaba de jueves a sábado en una peluquería en el barrio Villa Hermosa, en Medellín, y el resto de los días hacía pedidos a domicilio. Por ello fue una extrañeza que su jefa le agendara una cita el 7 de febrero, un lunes. Una clienta había ido al local para solicitar que Erika le hiciera un tratamiento con keratina, un producto usado para alisar el pelo.

La peluquera había expresado que ese sería su último trabajo en el lugar, pues tenía planes de montar su propio emprendimiento con una de sus compañeras.

Ese día Erika conoció a Marisol, la nueva peluquera que había llegado a trabajar hacía poco. Ambas se encargaron de cerrar el negocio y al caer la noche, Juan Esteban, el hermano de la nueva peluquera llegó y las acompañó mientras cerraban el local. De paso, las invitó a tomar unas cervezas. A las 11:30 p.m. Pérez le envió el último mensaje a su familia.

Los hermanos Marisol y Juan Esteban fueron las últimas personas que vieron a Erika con vida. La primera le dijo a las autoridades que se tuvo que ir antes y que dejó a Erika con su hermano, quien se había comprometido a ayudarla a tomar algún medio de transporte.

A mediados de junio de 2022 conocí a la familia Pérez Pérez. Para ese momento habían pasado cinco meses desde el feminicidio de Erika. Allegados me habían advertido que aún era un tema muy sensible, sobre todo para doña Mercedes, la mamá. La señora accedió a hablarme, me permitió entrar a su hogar y también me invitó a conocer a las tías y primas de Erika.

La casa tenía un altar en una de las esquinas: un florero con una cruz de fondo, sobre ella dos repisas: una con pesebres e imágenes de las vírgenes y en la otra, dos fotos separadas por una veladora. Las fotos son de los hijos de doña Mercedes. En una de ellas aparece Erika con la inscripción “Cuánta falta nos haces”.

Me senté en un círculo con dos tías de Erika, una materna y otra paterna, además de doña Mercedes e Isabel, una de las primas más cercanas. Antes de iniciar la conversación, un estruendo nos interrumpió: el soporte de la cortina que separaba la sala del comedor se cayó. Las tías y yo nos miramos, extrañadas. “Demás que es Erika saludándonos desde el otro lado”, dijo Isabel. Sentí en ella una sensación de risa y asombro a la vez.

La familia me contó cómo fue la madrugada del 8 de febrero. Cada una empezó a narrar lo que recordaba, pero fue Isabel quien organizó las ideas. Apenas había avanzado con su relato cuando se detuvo para sacar su celular. “Mejor vea usted”. Me mostró un chat sin foto de perfil y lo leyó en voz alta:

- “Oe, Yuye”. Le escribí en la madrugada. Le llegaron las dos rayitas del mensaje al WhatsApp y luego me bloqueó.
- ¿Yuye? - le pregunto-
- Sí, así le decía yo de cariño, “Erika Yuyeimi”.

Isabel intentó comunicarse con Erika, la llamada entró, pero fue rechazada. La mañana del martes 8, toda la familia estaba enterada de la ausencia y se llamaron entre ellos para ver si alguien sabía algo de ella. Cada uno intentó marcar a su teléfono, pero nadie recibió respuesta.

- Primero me bloquearon a mí - señala Mercedes - luego a Jahir, la pareja de Erika, después a mi nieto y así a todos los que intentaban llamar a su celular.

Jahir se dirigió cerca de las 9:00 a.m. a interponer el denuncia por la desaparición de su pareja, pero no lo recibieron en la Fiscalía. Volvió dos horas después y, con mucha insistencia, logró entablar el reporte de desaparición.

La familia Pérez Pérez creció en Villa Guadalupe, un barrio del oriente de Medellín de clase media y baja. Mercedes tuvo tres hijos: el mayor y Erika son hijos del mismo hombre que fue asesinado en 1991. Desde que quedó viuda, asumió la responsabilidad económica y de cuidados en el hogar, pero enfermó y su movilidad empezó a disminuir. Con los años intentó formar nuevamente un hogar, tuvo su hijo menor, Santiago, quien sufre una discapacidad cognitiva. El papá de Santiago evadió su responsabilidad y se desentendió de la familia, por lo que, de nuevo, fue la mamá la encargada de sacar adelante a los tres hijos.

Daniela González era prima lejana de Erika, y aunque era cinco años menor, se había convertido en una de sus mejores amigas. Vivieron en casas una frente a la otra durante 25 años y crecieron juntas. González recuerda los juguetes que tenía su prima: barbies, peluches, videojuegos.

También se refiere a las enciclopedias que coleccionaba Mercedes. “Cuando tenía alguna tarea iba a esa casa, no solo yo, todos los niños del barrio íbamos y doña Merce nos ayudaba a buscar. Era como la biblioteca de la cuadra”.

La familia Pérez había hecho toda su vida allí, pero en 2014 fueron desplazados por la banda criminal La Terraza, grupo armado y sicarial que controla la zona nororiental de Medellín.

Mercedes tuvo que vender su casa y cosas casi regaladas y la familia estuvo dos años en el Programa de Protección de Víctimas y Testigos, refugiados en otra ciudad.

Durante su estancia lejos de Antioquia, decidieron fragmentarse por la seguridad de todos. Así fue como Mercedes volvió al Valle de Aburrá, con su hijo menor, su hija y nieto. Erika era quien proveía al hogar, veía por su madre, con movilidad reducida; su hermano discapacitado y su propio hijo, quien para el momento de su asesinato tenía 17 años. Las tías y primas resaltan lo duro que le tocaba trabajar para responder por toda la familia.

Daniela reconoce el talento que tenía su prima para la estética capilar. Erika les hacía las trenzas y los crespos a las primas, fue la primera que les planchaba el capul, la que las peinaba y tinturaba para eventos especiales. “Era muy pulida para peinar y lo hacía muy bien porque no jalaba el pelo”, rememora.

González se enteró de la desaparición de Erika el martes por medio de una de sus tías. Al igual que el resto, también intentó llamarla al celular pero recibió la misma respuesta. Nada. Desde ese día se organizaron junto con otros familiares, amistades y conocidos para la búsqueda física, es decir, salir a las calles, preguntar por ella y seguir cualquier pista.

Erika estudió en el Liceo de Villa Guadalupe, Manrique, ahí conoció a su amigo Alexander Ibarra. Estudiaron juntos desde octavo hasta graduarse del bachillerato. Luego él empezó a trabajar en un supermercado cercano por lo que mantuvieron el contacto. Aunque eran amigos, al

momento de la desaparición llevaba dos años sin ver a Erika, aunque de vez en cuando se saludaban en redes sociales.

“Yo vi una publicación de Facebook que decía que Erika estaba desaparecida, en la cuenta de una compañera de colegio. Al principio creí que era una broma, pero al ver las reacciones llamé a una amiga nuestra para confirmar que sí era cierto”. Su reacción fue molestarse porque no le avisaron antes, ya que es defensor de derechos humanos y por sus contactos creyó que pudo contribuir más prontamente a la búsqueda. “Inocentemente creí que si me hubiera dado cuenta antes hubiera podido hacer más”, confiesa.

Alexander y Daniela, junto con otros allegados, hicieron parte de una especie de comité de búsqueda que organizó la familia. Primero intentaron encontrarla por medio de la difusión de la noticia en redes sociales. Ibarra los enlazó con medios alternativos y colectivos de derechos humanos, Daniela era el contacto con las autoridades judiciales, dos primas periodistas se encargaron de publicar la noticia y enviar la información a otros medios de comunicación.

Desde el primer reporte de desaparición, la familia recibió llamadas con información que de personas que decían haberla visto en diferentes partes de Medellín. Todos los informantes repetían la misma descripción: una mujer con las características de ella se vio desnuda y desorientada deambulando por la ciudad.

Daniela fue una de las que tomó la iniciativa para seguir aquellas pistas e ir hasta a los sitios para preguntar por su prima. El martes la familia recibió una información que aseguraba que Erika

había sido vista por el barrio El Chagualo y la plaza de mercado La Minorista, lugar donde cohabitan personas en condición de calle y expendedores de droga. González llegó allí en compañía de su esposo. Cuando entraron a los bajos de los puentes del sector, un hombre se les acercó y les advirtió que no podían estar allí. Ella le explicó que estaban buscando a una prima desaparecida, que le habían dicho que podía estar en esa zona. Ante la insistencia, el hombre les sugirió pedir entonces permiso a *los que cuidan*¹⁰ “porque esa es una zona de expendio de droga y podrían ser confundidos por policías” les indicó el sujeto.

La mujer le mostró la foto de su prima a las personas, que a su juicio creía que podían ayudarla. Nadie dio razón de ella.

En medio del desespero, González y su esposo trazaron una ruta de lugares donde podría estar Erika. Caminaron hasta Prado y se metieron a los moteles y bares. Entraban sin preguntar, así tuvieran que exponer su propia seguridad. Fueron al centro de la ciudad de noche y recorrieron desde Parque Bolívar hasta los bajos del Metro en la estación Prado. Finalmente, en la madrugada, volvieron al primer lugar donde preguntaron por ella. “En las búsquedas mostramos la foto y todo el mundo nos decía que sí, que la habían visto, que estaba con un hombre. Lo que hacía aumentar la esperanza”, comenta Daniela con pena.

Habían caminado toda la zona pegando carteles, mostrando su fotografía. Seguían en la búsqueda aunque sus cuerpos se quedaron sin energía. Esperaban encontrar a Erika pronto, sin importar lo que le hubiera pasado, “así fuera desnuda, drogada, muy probablemente abusada

¹⁰ Forma coloquial usada en algunos barrios de Medellín para denominar a las bandas delincuenciales que ejercen control territorial.

sexualmente. Pensábamos que la íbamos a hallar muy traumatada y triste, pero que iba a estar viva y eso era lo importante”. A la 1:00 a.m. del miércoles 9 de febrero, Daniela y su esposo se fueron a descansar, mientras otro grupo de primos retomaron la búsqueda el miércoles a la madrugada. La idea era cubrir lo más posible la calle y no dejar pasar más tiempo.

Con los carteles, llegaron también las llamadas extorsivas: personas se hacían pasar por grupos armados para pedir dinero a cambio de la liberación de Erika. También recibieron mensajes de falsos detectives privados que decían poder ayudar, todos pidiendo altas sumas de dinero.

Ghiomara Aristizábal, de la estrategia Buscarlas hasta encontrarlas, apunta que esta es una problemática común en los casos de desaparición de personas. Señala que bandas criminales aprovechan la vulnerabilidad de las familias para exigir dinero. “Esto pasa a diario”, argumenta desde su experiencia acompañando casos y critica, además, la falta de acompañamiento del Estado a las familias para advertirles de estas situaciones. “Algunas mamás de niñas desaparecidas han perdido millones de pesos en medio de la angustia”, relata.

Alexander no pudo acompañar la búsqueda física hasta el miércoles por la noche. Ese día llegó un reporte por el sector de Manrique, lugar que le quedaba cerca. Él ya había acompañado antes casos de desaparición, el que más recuerda es el de una niña de nueve años, un caso mediático con el que pudo ver que no solo nunca había una respuesta al ¿dónde está?, sino que para la familia también se detenía el tiempo.

Desde la noche del miércoles 9 de febrero y hasta la madrugada del jueves 10, caminó por el sector. Era el tercer día de desaparición. A las 2:00 a.m. volvió a su casa cansado y trasnochado. Se hizo un café y tuvo una epifanía: estaban siguiendo pistas falsas. Desde su experiencia, sabía que era una posibilidad. ¿Por qué había dejado de lado esa intuición y estaba siguiendo todo mínimo posible rastro de ella?, se preguntó. “Ahí me di cuenta de que yo no estaba buscando a Erika solo desde la razón, sino también con el corazón”, me confiesa.

El río no pudo ocultar lo que en él corría

Doña Mercedes, la mamá de Erika, por su condición física no pudo acompañar las caminatas; pero se quedaba en casa por si ella llegaba, con la esperanza de recibirla.

- Justo el día que dijeron que la vieron sin ropa en el centro cayó un aguacero - A Mercedes se le corta un poco la voz - Yo la pensaba todo el día, me decía “¿Cómo estará aguantando de frío mi muchacha!”.

Luego de tres días de búsqueda, la familia empezó a sentirse físicamente cansada. Por la angustia dormían pocas horas, pero al tocar la cama la mente seguía pidiendo salir a las calles a seguir el rastro. Daniela llegaba de los recorridos agotada, durante esos días no durmió más de dos horas por noche. Al tocar la almohada la mente le dibujaba todos los escenarios posibles donde podría estar su prima. Temía estar perdiendo tiempo valioso por estar dormida. “El desespero me hacía despertar, pensar que la podrían estar abusando, prostituyéndola o haciéndole daño. Me dije que, si no iba a poder dormir, mejor me levantaba a seguir buscándola”.

La familia y amistades sentían que los esfuerzos de las autoridades no habían sido suficientes, que gran parte de las pistas habían sido obtenidas por iniciativa de ellos, como la recopilación de vídeos de cámaras de seguridad o los recorridos en las calles preguntando por ella. Decidieron hacer “el alboroto” que fuera necesario para que toda la ciudad supiera que en la ciudad una mujer llevaba cuatro días desaparecida.

Ese jueves recorrieron las calles de Aranjuez, con bocinas, megáfono y un pendón con la fotografía de ella. Lo hicieron ahí ya que quedaba cerca al barrio donde vivían familiares de Erika. Un taxi encabezaba la caravana. Daniela, comunicadora de profesión, hablaba a través de un parlante para dar a conocer el caso de su prima y exigir celeridad en la búsqueda. Los asistentes a la marcha finalizaron su recorrido y bloquearon la estación Aranjuez del sistema de buses de la ciudad.

Durante el resto de semana, realizaron otras velaciones y plantones para amplificar el clamor por el regreso. Al quinto día de la desaparición, domingo 13 de febrero de 2022, tenían planeado realizar otro plantón, esta vez lo realizarían en el parque de Villa Hermosa, en el último lugar donde fue vista.

Esa madrugada Daniela tuvo un sueño que la inquietó.

- Yo era muy cercana a Erika, todavía la quiero mucho y ella me quería a mí. Ella me conocía tan bien que sabía que esto sería muy duro e impactante para mí, por eso quiso suavizar la noticia - introduce Daniela antes de narrar su sueño

A las 5:30 a.m. de ese domingo, Daniela soñó que iba por la autopista que da al norte de la ciudad, descalza y con su ropa desgarrada, con la sensación de cansancio, mareo y desorientación.. En ese espejismo vio a dos hombres en una moto, corrió hasta donde ellos para pedirles ayuda, pero solo uno le hizo caso. Se subió al vehículo del desconocido y mientras avanzaban giró la mirada y vio unas piscinas, las reconoció como el parque de Las Aguas. Le pidió al conductor que la dejara allí. Daniela fue hacía el parque para pedir ayuda. Sentía que se iba a morir. Al llegar a su destino no encontró piscinas, sino un desagüe del río con agua sucia. Se acercó más para ver lo que este botaba, de él salía agua negra en el que corría también carne, órganos y sangre.

“Erika está perdida en el parque de las Aguas” se levantó de la cama gritando y le suplicó a su esposo que la llevara allá. Él no atendió a su corazonada, en parte por el cansancio que traían de haberla buscado en la noche. “Vamos, ella está por allá sola y por esa zona no hemos buscado. Yo la vi”. Los reclamos de la mujer despertaron a uno de los primos que se estaba hospedando. Él le hizo caso a Daniela y se fue al sitio que ella había visto dormida.

Allá el primo preguntó por la desaparecida, pegó afiches y recorrió el sector, pero no encontraron nada. Daniela seguía inquieta por su sueño. Luego entendió que no era una pista lo que había visto, sino un presagio de lo que pasaría.

Ese mismo día un medio de comunicación dio la noticia de que se había encontrado un cadáver en el río Medellín, a la altura de Barbosa. La nota adjuntaba una imagen. Aunque era borrosa, Daniela le pidió a su esposo que intentara reconocer si era su prima.

“No es ella, el cuerpo es más gordo y Erika no tenía el pelo tan largo”, le dijo el hombre. La noticia relataba que este fue encontrado porque el cabello del cadáver se había enredado en las ramas de un tronco. “Qué pesar ¿Quién será? Con tantas cosas que les pasan a las mujeres en esta ciudad”, se lamentó Daniela.

Los preparativos para el plantón de ese domingo en el parque de Villa Hermosa estaban listos. Un bus había sido encargado de recoger familiares y amistades de Erika en distintos puntos de la ciudad para acompañar el evento y se habían mandado a hacer camisetas con su cara.

Isabel se dirigía allá en transporte público, Alexander en taxi con otros compañeros y el bus recogía a la gente del barrio. Daniela aún no había salido de su casa. Era el quinto día de la desaparición de Erika y mientras todos se estaban alistando para la marcha, recibieron una llamada que acabó con sus esperanzas.

Isabel aún no había llegado cuando una de sus primas, la periodista, le marcó para decirle que no fuera al plantón.

- ¿Y eso por qué? - Le preguntó Isabel.
- Porque parece que la encontraron muerta.

Se bajó del bus y caminó hasta el parque. Estaba mareada. Llegó por instinto al lugar. Al ver que aún no había gente se devolvió a su casa.

Apenas Alexander se bajó del taxi, uno de sus compañeros de su colectivo lo llamó, le contó que uno de sus contactos en Medicina Legal le escribió para decirle que encontraron un cadáver en Barbosa, que podía ser de su amiga pero que no había nada confirmado. Él colgó. No necesitó la confirmación para saber que era ella.

Las personas en el bus empezaron a recibir mensajes sobre un cuerpo encontrado en el río Medellín todos angustiados, pero aún guardaban la fe. No fue hasta que uno de los familiares los llamó directamente que supieron que el evento se cancelaba, que Erika había sido encontrada muerta. Un sollozo se hizo grupal en el vehículo. La gente gritaba, lloraba y se consolaban entre abrazos ante la noticia, aun vistiendo las camisetas con el rostro de la víctima.

Daniela González, que durante esos días había estado en contacto con las instituciones responsables de la búsqueda fue la primera en enterarse. El fiscal del caso la llamó.

- Encontramos un cuerpo en el río Medellín, a la altura de Barbosa, y cumple con todos los rasgos de Erika, en edad, estatura y color de piel - explicó el fiscal - Hay una posibilidad de que sea ella.
- Sí, yo sé que es ella - le respondió González.
- ¿Pero cómo así que sabe que es ella? Si apenas rescatamos el cuerpo y estamos haciendo las verificaciones.
- Porque si usted me está llamando es porque es muy probable que sea Erika. Además, yo tuve un sueño en el que ella me lo dijo para que no me diera tan duro la noticia.
- Tranquila, no se adelante - intentó calmarla el fiscal - Ni siquiera nosotros lo hemos confirmado.

- Ella me lo dijo en el sueño. Si quiere, confirmémoslo de una vez - insistió ante la negativa - ¿Ese cuerpo tiene un tatuaje detrás de la oreja, juanetes y unas manillas rojas en los pies?

El hombre se quedó en silencio unos segundos y respondió.

- Tiene un tatuaje de plumas detrás de la oreja, juanetes y unas manillas rojas en los talones.
- Sí, sí es ella.

Daniela pidió que le avisaran cuando confirmaran, pero para ella esas coincidencias ya eran suficientes para darla por muerta. El dolor ya no era por darla por desaparecida, sino por muerta. En ese momento el cansancio de toda la semana se convirtió en angustia y su cuerpo ya no tenía la energía para salir al plantón.

Uno de los primos la buscó para que fueran. González avisó que iba a ir, pero que no iba a tomar la vocería. “Yo no voy a hacer nada porque ella está muerta. Erika es la que encontraron en el río”. Su primo se enojó, le reprochó, que cómo iba a decir esas cosas.

- Yo sé que es Erika, ella me lo dijo - le insistió - Mejor vaya y avísele a la familia.

Eso es lo último que recuerda haber dicho. Al terminar de hablar se desplomó al suelo y se desmayó. Despertó en su cama ante los gritos y los lamentos del resto de su familia.

Hay búsquedas que parecen no acabar

Alexander y los otros compañeros decidieron ir a Medicina Legal, pero nadie les dio información. Las autoridades solo están autorizados a entregar detalles y permitir el reconocimiento de cadáveres a los familiares cercanos. Doña Mercedes estaba devastada, no se

sentía con fuerzas para ver un cadáver. Para todos era un hecho que el cuerpo encontrado en el río era de Erika, pero legalmente era indispensable hacer la confirmación.

En Medellín, la oficina de identificación de cadáveres y desaparecidos del Instituto Nacional de Medicina Legal queda al lado del Cementerio Universal y cerca de la Terminal del Norte. Allí llegan todos los cuerpos sin identificar, sea por muertes violentas o naturales, incluyendo personas fallecidas por accidentes de tránsito, hasta cuerpos que intentaron ser escondidos y fueron expuestos por el tiempo y la naturaleza, como en el caso de Erika.

Aunque yo no tengo sentido del olfato —lo perdí hace muchos años, incluso antes de la pandemia de covid-19 —, cuando entré a esa oficina escuché las disculpas que Numael Cifuentes, odontólogo del equipo de reconocimiento, daba por el olor fétido. Este es el lugar en el que se cruzan los cuerpos sin nombre con los reportes de personas desaparecidas.

“Todo cuerpo sin identificar es un desaparecido”, me explica Cifuentes, quien trabaja junto con otros dos odontólogos y dos psicólogos en la atención al público. Esta oficina toma datos del Sistema de Información Red de Desaparecidos y Cadáveres – SIRDEC, una plataforma interinstitucional encargada de registrar los cadáveres sometidos a necropsias medicolegales para contribuir a la búsqueda de personas desaparecidas, hacer seguimiento de casos y de la activación del Mecanismo de Búsqueda Urgente.

Aquí personal forense se encarga de buscar en los cuerpos cualquier señal que pueda ayudar a la identificación. Registran datos como la estatura, aproximado de edad, color de piel, ojos y

cabello, además de otras señas que pueden ser diferenciadoras como los tatuajes, marcas de nacimiento, lunares, prótesis, perforaciones. Los datos se ingresan al sistema, se cruzan y arrojan reportes de personas desaparecidas que cumplen las características registradas.

Cuando hay una alta compatibilidad, la oficina se contacta con la familia de la persona desaparecida para que haga una verificación a través de fotos, las cuales son retocadas digitalmente antes para que no vean sangre o demás señas que puedan generar traumas adicionales. Aun si el familiar confirma la identidad, se deben hacer otros exámenes como la comparación de huellas dactilares, registros dentales o pruebas de ADN.

Para estos procedimientos el Instituto Nacional de Medicina Legal pide que sea la persona más allegada quien haga la verificación. Por eso a pesar de haber familiares y amigos presentes ese domingo a las afueras de Medicina Legal, era doña Mercedes quien debía hacer la identificación. Como no quería, tuvo que firmar un permiso legal en el que autorizaba que la pareja de Erika realizara el procedimiento.

La angustia por saber dónde estaba Erika concluyó con la identificación del cadáver el lunes 14 de febrero, pero en ese mismo momento inició la incertidumbre de quién y cómo la mataron.

El caso de por sí ya había sido mediatizado gracias a las primas periodistas de la familia, sin embargo, luego del hallazgo del cadáver aumentó el interés. Al día siguiente la Alcaldía de Medellín ofreció una recompensa de \$80 millones para ayudar a esclarecer el crimen.

También hubo otro factor que contribuyó a la mediatización de este caso: la familia recuperó gran cantidad de material en video de las cámaras de seguridad del barrio donde ocurrió la desaparición y le entregaron estos videos a la policía, pero también a la prensa. Las imágenes abrieron la puerta para sospechar de las personas que la acompañaron ese 7 de febrero.

En uno de los vídeos, se puede observar a Juan Esteban intentando poner un casco a la fuerza a Erika mientras ella está escribiendo en el celular. Ella lo rechaza y se aparta. El hombre lo impide, primero la tomó por la cintura, luego la acerca de forma brusca a su cuerpo. En otro vídeo posterior, se ve a ambos caminando por una calle, pero el paso de la mujer es torpe y se balancea para los lados. Las sospechas sobre él se intensificaron con este material. Las tías y Mercedes creen que ella pudo haber sido drogada.

En sus primeras declaraciones, Juan Esteban aseguró que acompañó a Erika hasta una estación del metro, pero que el sistema ya había cerrado y dijo que ella pidió un servicio de transporte por aplicación. Sin embargo, las primas se comunicaron con la plataforma, que a su vez confirmó que desde hacía más de un año Erika no utilizaba la aplicación.

Con esta información, interceptaron nuevamente al hombre, que cambió su versión. Declaró que él la transportó en su moto pero que ella se encontró con una amiga, por lo que hizo bajar a Erika en el parque de Villa Hermosa. Que la dejó allí y no supo más de ella. Sus relatos no eran coherentes, mencionaba sitios y horas diferentes cada vez.

Todos los días, mientras duró la búsqueda, Daniela buscó y confrontó a Juan Esteban, intentando dar con el paradero de su prima. El hombre le respondía con evasivas, le cambiaba la versión, hasta que uno de los fiscales le pidió dejar de comunicarse con él para no entorpecer el caso.

El 1 de marzo Juan Esteban Álvarez fue capturado por el delito de homicidio agravado. La Policía y la Fiscalía aseguraron, en un comunicado de prensa, que dentro de las pruebas que tenían para su capturan estaban el análisis de 30 cámaras de seguridad, cuatro interceptaciones a líneas de comunicaciones y rastros de sangre de Erika encontrados en la casa de él, en el barrio Santa Lucía. En ese mismo allanamiento hallaron el celular de Erika.

La primera inconformidad de la familia con la justicia fue que inicialmente el delito imputado a Álvarez fue homicidio y no feminicidio. Pero el 9 de diciembre de 2022, el Tribunal Superior de Medellín revocó la decisión de una jueza que pretendía aprobar un preacuerdo y ordenó que el asesinato de Erika fuera investigado como feminicidio.

Finalmente, Juan Esteban Álvarez fue condenado a 31 años y cuatro meses de prisión por el feminicidio de Erika Pérez sin derecho a ningún tipo de rebaja.

Aún son muchas las dudas sobre lo que pasó ese día, ni la familia tiene certezas sobre lo que ocurrió. Intenté comunicarme con la abogada que representa a la familia de la víctima, pero no recibí respuesta.

Mercedes atribuye el asesinato de Erika al mismo grupo que las desplazó de su barrio. Daniela, por su lado, cree que este tipo de crímenes no corresponde al actuar de una banda criminal y está convencida de que el asesino de Erika no actuó solo, por las llamadas que hizo desde el celular de ella. Además, tiene la hipótesis de que su caso podría ser parte de una red de feminicidas más grande. Ante la falta de respuestas, cada una ha creado su propia verdad para encontrar algo de consuelo.

En 2022 hubo 88 feminicidios en Antioquia, de los cuales 27 ocurrieron en Medellín, según datos del Observatorio de Feminicidios Colombia de la Red Feminista Antimilitarista. El departamento lidera las cifras de este delito en el país.

Estefanía Rivera, maestrante en Estudios de Género y coordinadora del Observatorio, explica que desde que iniciaron el conteo en 2019, han registrado cuatro casos de desaparición que concluyeron en feminicidios en Medellín.

Uno de esos casos es muy similar al de Erika. Se trata de Yuly Daniela Patiño Pérez, una mujer de 25 años que desapareció el 26 de diciembre de 2020, cuando había quedado de verse con su exnovio. Días después el hombre se entregó a la Policía luego de confesar que mató a Yuly y arrojó su cuerpo al río Medellín. El feminicida se suicidó antes de poder dar más detalles. En el último día de ese 2020, el cuerpo de Yuly fue encontrado en el río Porce, a la altura del municipio de Gómez Plata, Antioquia, a más de 800 kilómetros de donde se había iniciado su búsqueda.

“La desaparición tiene distintos intereses, por ejemplo, perpetuar el dolor de las familias al no encontrar un cadáver”, analiza Estefanía Rivera, coordinadora del observatorio. Ella clasificó en tres los tipos de feminicidios con antecedentes de desaparición: 1) cuando el sujeto feminicida esconde el cuerpo para que el delito quede impune, 2) cuando se esconde el cuerpo para generar dolor e incertidumbre sobre el paradero de la desaparecida y 3) los casos de feminicidio en los que con el tiempo se expone el cadáver en descomposición para dejar un mensaje de amenaza.

Mercedes, la mamá

A Mercedes se le nota el cansancio, su caminar es lento y pausado. Por años sostuvo a su familia, hasta que enfermó y Erika asumió ese rol de cabeza de hogar. Ahora, ante su ausencia, la madre volvió a encargarse de la casa, cuidando de su hijo menor y su nieto.

Mercedes es una mujer calurosa, me recibió en varias oportunidades en su casa. La primera vez que hablamos en persona la entrevista terminó con ambas abrazadas fundidas en lágrimas, para ese momento habían transcurrido cuatro meses del hallazgo del cuerpo.

La segunda ocasión ya no se sintió como una entrevista, sino más como una plática entre extrañas que comenzaban a conocerse. Mercedes me contó la historia de su familia, de su desplazamiento, de cómo le había cambiado la vida desde la pérdida de su hija. Para ese momento insistía en la precaria situación económica en la que vivían, pero recalcando el apoyo que había recibido de su familia y de la gente del barrio, personas con las que nunca había interactuado hasta lo sucedido.

En febrero de 2023 nos vimos por última vez. Su casa había cambiado. Con ayuda de sus hermanas y cuñadas puso un negocio de accesorios, pues a ella le gusta hacer bisutería en mostacilla. Hace collares y aretes para vender.

Esa vez la noté más tranquila, nuestra conversación estuvo acompañada de un tinto que me ofreció y me habló de los últimos sucesos de la casa. En su celular me mostró fotos del grado del colegio de Santiago, orgullosa pasaba una a una las imágenes de él con su toga y birrete. Se detuvo y me mostró una en la que aparece con su hijo y su nieto, en ella los tres sostienen un cuadro con la fotografía de Erika. “Ella soñaba con verlo a él graduado, estaba recogiendo plata para no dejar pasar ese día como si nada”, narró la señora.

Cuando inicié la investigación de este caso, me habían advertido que ella aún se encontraba muy afectada, pero cuando la busqué me dijo que estaba dispuesta a dialogar conmigo, que había muchas cosas que necesitaba decir. Quienes vieran a Mercedes a simple vista creerían que su pena se ha ido desvaneciendo, pero su mirada aún guarda un anhelo silencioso que no proclama en voz alta.

Constantemente Mercedes sube a sus estados de WhatsApp fotos de su hija con algún mensaje o una canción. “Es que hay días en los que amezco muy triste”, se justifica. Las noches en lágrimas aún no se han desvanecido del todo y cada vez son menos frecuentes, pero es inevitable para ella no pensar en cómo sería su vida si nada de esto hubiera ocurrido.

En su celular me mostró una noticia que tiene guardada. “Mire, esto es lo que leo todos los días antes de dormir”. Es una de las notas de prensa del hallazgo del cadáver de Erika en el río publicada por el diario Q Hubo. Hay una imagen del cuerpo pixelada, pero en la que igual se puede apreciar la desnudez y descomposición.

- Yo veo esta y todas las noticias sobre el caso. A diario las leo. Ella era la única que me acompañaba. Y lo que más tristeza me da es esto. - Señalando la fotografía del cadáver - La reparo bien ¿Quién me asegura que esa era ella?

Mercedes no le desea el mal a Juan Esteban, pero enfatiza en que es imposible para ella perdonarlo. Me cuenta que, en una de las velaciones realizadas luego del hallazgo de Erika, una de las señoras que rezaba el rosario incluyó en sus peticiones una por la vida de Juan Esteban, a lo que las tías refutaron, diciendo que cómo se le ocurría pedir por ese desgraciado.

- Si me pidiera perdón yo ni le contestaría, tampoco sería capaz de presentarme ante él y decirle “¿usted por qué lo hizo?”. Aún tengo mucha rabia, pero no soy capaz de desearle el mal.
-

Mercedes confiesa que, aunque visita seguido la tumba de su hija, aún tiene dudas de si era ella. También me muestra algo que hace en su celular cuando más le hace falta: envía mensajes al chat que ambas tenían en WhatsApp y le escribe cuánto la extraña. “Hay días en los que yo me siento en la sala mirando para la entrada. Esperando a que toque la puerta, para abrirla y verla de nuevo”.